



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**LOS POEMAS RELIGIOSOS DE ALFREDO R.
PLACENCIA**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPÁNICAS**

**PRESENTA
MARÍA DEL ROCÍO GONZÁLEZ SERRANO**

**ASESORA:
DRA. MARCELA PALMA BASUALDO**

CIUDAD UNIVERSITARIA, OCTUBRE DE 2012.





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

1. Introducción.	p. 1.
2. Capítulo I: Semblanza de Alfredo Ramón Placencia. p.	10.
A) Rasgos autobiográficos en la obra del Padre Placencia.	p. 16.
3. Capítulo II: La condición humana en la obra de Placencia.	p. 31.
Otra vertiente en la lírica religiosa del sacerdote.	p.41
A) Recursos estilísticos en la poesía religiosa de Alfredo R. Placencia: apóstrofe, antítesis y epítetos.	P. 45
B) El poeta ante Dios.	p. 56.
4. Conclusiones.	p. 65.
5. Bibliografía.	
6. Apéndice.	

INTRODUCCIÓN.

En este trabajo intento acercarme a la obra poética de Alfredo Ramón Placencia Jáuregui, quien firmó sus libros como Alfredo R. Placencia.

En el desarrollo de este estudio analizaré los poemas religiosos de Placencia, puesto que considero que de toda su obra literaria son los más logrados: han sido elogiados por la crítica especializada y han tenido muy buena recepción, no sólo de los críticos, sino de lectores comunes, estudiosos y especialistas.

Su lírica no puede considerarse mística, puesto que en sus escritos no se manifiesta la unión del poeta con Dios, sin embargo, sí se trata de una poesía religiosa.

Por razones de historiografía literaria, estoy de acuerdo con los críticos que la obra placenciana, ocupa un lugar importante en las letras mexicanas del siglo veinte, en el ámbito de la poesía católica en México, a lado de autores como Carlos Pellicer, Gloria Riestra, Concha Urquiza, Manuel Ponce y Francisco Alday, por mencionar sólo algunos escritores.

La obra de Placencia recibió de los especialistas elogiosos comentarios a su obra. No obstante, la propia crítica ha mencionado que es un poeta olvidado y poco

estudiado. Quizás habría que preguntarse ¿por qué hasta después de su muerte algunos estudiosos se ocuparon de revisar su obra?; incluirlo en antologías, incluso interesados escritores prepararon antologías de sus poemas inéditos o publicados como libro o en revistas y suplementos.¹ Los colaboradores de la revista *Ábside* (órgano donde se desarrolló y tuvo auge la literatura religiosa con autores como Alfonso Junco, Carlos González Salas, Alfonso Méndez Plancarte, para quienes fue un poeta desconocido), muchos años después de la muerte del poeta, empezaron a estudiarlo, revalorarlo y difundieron su obra.

Opino, como Salvador Elizondo, que Placencia creó una veta importante en la poesía mexicana.

Emmanuel Carballo afirma que es "un caso insólito en la poesía mexicana".² Por su parte Salvador Elizondo, afirma:

"la figura de este poeta...

informa la existencia de una secuela

¹ A).A su condición marginada, debido al hecho de que ejerció sus tareas como párroco en varios pueblos de su estado natal, lo que le impidió tener contacto con centros culturales, por lo que fue imposible que sus contemporáneos conocieran su obra y ésta fuera difundida y estudiada.

B) Su poder de autocrítica lo llevó a publicar sólo tres de sus poemarios y éstos fueron editados en Barcelona.

C) Placencia dejó varios libros inéditos y algunos de ellos fueron destruidos por el obispo de Guadalajara, entre quienes nació un fuerte sentimiento de animadversión.¹

Resulta indispensable valorar su obra y ubicarla dentro de la historia de la literatura mexicana y delimitar ¿cuál es su importancia dentro de la historiografía mexicana moderna?

² Emmanuel Carballo, "El poeta que habla a Dios de tu a tú", *Unomásuno*, p. 22.

eminente de la poesía mexicana a la que no han sido ajenos muchos de los mejores poetas contemporáneos: la de la poesía católica" ³.

Elsa Cross, quien ha estudiado la lírica del cura apunta en su libro *Los dos jardines*, donde analiza, además, la producción de Concha Urquiza: "Difícilmente podrá hablarse de pretensiones formales en la poesía de Placencia, que se advierte en muchos momentos más como el paño de muy abundantes lágrimas. La pérdida de su biblioteca, vendida en tiempos de necesidad, tal vez pudo acentuar su falta de un contacto más formal con la literatura."⁴ Afirma, también, la autora, estas "dos figuras que han estado olvidadas durante muchos años, y que empezaron a revalorarse en fechas relativamente recientes son la de Placencia y Urquiza"⁵.

Otros autores como Alfonso Gutiérrez Hermosillo⁶, Alejandro Avilés, Javier Sicilia, José R. Ramírez, Luis Vázquez Correa y Alfonso Junco elaboraron antologías

³ Salvador Elizondo, "Modernismo y modernidad. Alfredo R. Placencia", *Museo poético*, p. 84.

⁴ Elsa Cross, "El vértigo del fuego", en *Los dos jardines*, p. 38.

⁵ *Ibidem*, p. 35.

⁶ Gutiérrez Hermosillo preparó una nueva edición notablemente aumentada⁶ de la antología que elaboró del prelado en 1967. En esta nueva edición, su texto introductorio es una suerte de semblanza del cura y, al mismo tiempo, un recuento crítico de toda su poesía; donde incluye una interesante entrevista que le hizo al eclesiástico. En la que rememora su

personales del sacerdote, reeditaron algunos de sus libros y recopilaron algunos de sus poemarios inéditos para dar a conocer su amplia inspiración poética.⁷

Recientemente, Ernesto Flores editó la obra completa del párroco. En el prólogo hace una minuciosa cronología de sus cargos clericales, incluye parte de la correspondencia del autor. Y E. Bruno V. divulgó una cronología de la vida y del ejercicio sacerdotal de Placencia en el periódico *El Informador* de Guadalajara, Jalisco del 13 de octubre de 1991.⁸

Diversos especialistas han examinado más ampliamente su lirismo como Hugo Gutiérrez Vega quien publicó su discurso de

infancia, sus años de adolescencia, sus primeros trabajos, su entrada al Seminario y, brevemente, a su ejercicio poético.

⁷ La recepción que ha tenido la obra del cura, ha despertado el interés de algunos autores por incluirlo en sus antologías. Como José Emilio Pacheco en *Poesía en movimiento*; Juan Coronado en *Vuelo de palabras*; Salvador Elizondo en su *Museo poético*; Sara Velasco en su volumen *Escritores jaliscienses*; José Joaquín Blanco en *Crónica de la poesía mexicana*; Gabriel Zaid en *Ómnibus de poesía*; César Arístides, *El cisne en la sombra. Antología de poesía modernista*; Joaquín Antonio Peñalosa, *Flor y Canto de Poesía Guadalupeña Siglo XX*, Antonio Castro Leal en sus dos compilaciones: *La poesía mexicana* y *Cuatro siglos de poesía mexicana*; Francisco Montes de Oca en *Poesía mexicana*; Óscar Trejo Zaragoza en su *Florilegio jalisciense*; Miguel Ángel Rueda en *Antología de poetas españoles e iberoamericanos*; Pilar Maicas García Asenjo y María Enriqueta Soriano y P. Villamil, en *El hombre y Dios. Cien años de poesía hispanoamericana (1900-1995)*; Raymundo Ramos, en *Deíctico de poesía religiosa mexicana*; Leopoldo Cervantes Ortiz en *El salmo fugitivo*⁷ y, muy recientemente Adolfo Castañón, en su *Arca de Guadalupe*, La información biobibliohemerográfica sobre el párroco está consignada en los diccionarios biográficos, repertorios bibliográficos o enciclopedias como: el *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX*; *Dictionary of Mexican Literature*; *Jalisco desde la Revolución*; el de Humberto Musacchio, *Milenios*; el de Ángel Muñoz Fernández, *Fichero* y el de Arturo Torres Rioseco y Ralph E. Warner, *Bibliografía de la poesía*.

⁸ Después lo transcribió y publicó en la antología de José R. Ramírez.

ingreso al Seminario de Cultura Mexicana, en cuyo texto analiza la producción de Placencia y Francisco González León.

De igual forma, Jesús Hermsillo Peña publicó datos personales del autor en su ensayo "El poeta de Jalostotitlán, Jalisco. Alfredo R. Placencia".

Por su parte, la investigadora María Esther Gómez Loza, cuyo trabajo ofrece una exégesis de la vida y la obra poética del escritor. Da noticia de su ingreso al Seminario Conciliar de Guadalajara y desempeño como clérigo. Fundamenta su estilo del lírico mediante dos parámetros: lo sagrado y la figura de la Virgen. Ensalza la importancia y trascendencia de la escritura del párroco y refiere a la labor de investigación que Luis Sandoval Godoy realiza de la producción placenciana.

Alude a los amigos y estudiosos que han reflexionado sobre su creación, como: Agustín Yáñez, Emmanuel Palacios y Alfonso Gutiérrez Hermsillo.

También, la especialista sacó a la luz un volumen titulado *Lo sagrado en dos poetas mexicanos modernos. Alfredo R. Placencia y Ramón López Velarde*, en donde se ciñe a una disertación profunda de la influencia de la *Biblia* en ambos autores.

Sandoval Godoy, otro especialista en la obra del presbítero, expone en, *Alfredo R. Placencia. Dolor que canta*, su verdadera vocación eclesiástica, de manera pormenorizada,

con testimonios documentales. Incluye, además, fotografías de la familia Placencia, de los compañeros seminaristas, del propio creador y las cartas de sus compañeros del Seminario y de Placencia.

Raúl Bañuelos le dedicó algunas páginas a los poemas religiosos del escritor y estudia las constantes en sus versos: el dolor, lo regional, la noche como metáfora o símbolo pero, también, como elemento para crear atmósferas negativas.⁹

Emmanuel Palacios y Agustín Yáñez prepararon un número especial de homenaje al clérigo en la revista *Bandera de Provincias*¹⁰. Al igual que los números de homenaje en *Poesía de América* y *Ahuehuate* del año del 2005.¹¹

En ulteriores investigaciones se han descubierto nuevos datos, como es el caso de Gabriel Zaid que escribió una biografía más detallada sobre él. Gracias a un conjunto de

⁹En *Ensayos literarios II*, coordinado por Cecilia Eudave, donde se incluye un ensayo titulado "Dos elementos retóricos en los poemas religiosos de Alfredo R. Placencia: apóstrofe y antítesis", en cuyo texto muestra los elementos que predominan en sus versos religiosos. Un trabajo que presentó Raquel Michel Cueto titulado *Introducción al estudio de Alfredo R. Placencia* donde se aproxima a la obra en conjunto. Este trabajo tiene el mérito de ser el primer estudio sobre Placencia.

¹⁰ Este homenaje fue publicado en *Bandera de Provincias*, pp. 1-4.

¹¹ Debemos considerar los homenajes póstumos que se le han rendido en varias ocasiones. Los dos últimos fueron: uno organizado por el Ayuntamiento de Jalostotitlán, la Casa de Cultura y Caballeros de Colón, en Jalisco el 15 de septiembre del 2008. Y otro, en el 2010 donde se ofreció una lectura en voz alta de sus versos en el Panteón de Belén, donde se encuentran sus restos. Como parte también del homenaje se creó la Medalla Alfredo R. Placencia por la Corresponsalía de Guadalajara del Seminario de Cultura.

cartas y documentos inéditos aportados por el historiador Fausto Zerón Medina. Lo que permite tener un contexto mucho más amplio para poder determinar las circunstancias en donde se desarrolló su producción literaria y, como unos años antes de su muerte escribió muy poco.¹²

Por lo tanto, sería necesario rescatar la obra de un autor cuya lírica es desconocida, excepto su poemario que ha sido reeditado *El libro de Dios*¹³. Mi estudio se ceñirá al análisis de los poemas religiosos dedicados a Dios porque creo que es una de las vertientes más logradas de la obra lírica de Placencia y de la que más se han ocupado los estudiosos, en las últimas décadas, por los académicos y escritores.

Me propongo, en el primer capítulo, establecer una semblanza esquemática del escritor. Difícilmente se puede pensar en elaborar una biografía cronológica del sacerdote; pues desafortunadamente no encontramos suficientes elementos ni documentación que sustente semejante empresa y por otros motivos. Uno de ellos es que mucha de su producción hemerográfica, todavía, se encuentra dispersa y habría que

¹² De Guadalajara Jalisco, José Antonio Gutiérrez Gutiérrez y el estudiante Samuel Gómez Luna Cortés, de la carrera de negocios internacionales de la Universidad de Guadalajara han acotado sobre la importancia de examinar la obra del cura. Es significativo que en la actualidad estudiantes incluso de otras áreas académicas o de otras profesiones lean y estén interesados porque se ofrezca más difusión a la obra del autor y para que se siga estudiando.

¹³ *El libro de Dios*, Pról. de Alfonso Junco, Impr. de Eugenio Subirana, 1924; 3a. Ed., Guadalajara, Jal., INBA, 1973; otra ed., Presentación de Javier Sicilia, CNCA/FCE, 1990 (Lecturas Mexicana. Tercera Serie, 9).

rescatarla de las bibliotecas pertenecientes a los lugares donde ejerció su labor eclesiástica. Por otro lado, es complicado seguir una secuencia detallada de su curato pues se desempeñó en diversas poblaciones alejadas del centro de Jalisco. Además, falta por rescatar en su tierra natal, documentos oficiales como acta de nacimiento, la de sus padres para configurar, con más precisión, el ambiente donde se desarrolló el padre.

También, es conveniente señalar los temas que trató en su obra que fueron diversos, además del religioso para ofrecer al lector un panorama más amplio de su producción literaria.

En este apartado, incluiré ciertas características que se evidencian con gran intensidad: hastío, angustia, amargura, tristeza, nostalgia y desesperanza. Estas constantes manifestadas en su poesía permiten observar que la concepción de vida de Placencia fue de total desencanto.

Otro aspecto que me resulta de particular interés es cómo se presenta el tratamiento a Dios, cómo le habla, cómo se ve a sí mismo, cómo se coloca ante el Ser Supremo y las distintas maneras de cómo nombra a Dios. He podido observar que la apelación o apóstrofe es uno de los elementos retóricos más representativos en sus textos poéticos.

Por último, incluí un apéndice de los poemas religiosos¹⁴.

El corpus bibliográfico que utilicé para el análisis fueron las diversas ediciones de *El libro de Dios* y la antología que elaboró Luis Vázquez Correa.¹⁵

¹⁴ Ya que me pareció pertinente, dado que resulta de difícil adquisición la antología preparada por Luis Vázquez Correa, donde incluye todos sus poemarios. Este apéndice tiene dos objetivos: ofrecer al lector el conjunto de sus poemas religiosos y proporcionar una visión más profunda y global de la lírica del autor.

¹⁵ Los poemas que elegí fueron: de *El libro de Dios*: El libro de Dios, El dueño del libro, El divino disfraz, Lucha divina, Ciego Dios, Miserere, La vuelta, Abre bien las compuertas, El Cristo de Temaca, Mi Cristo de Cobre, Lo que hace la limpia, La doble sillería, Que yo muera temblando, Qué cosas, Bienvenida sea. De *El paso del dolor*: El paso del dolor, Autónoma, Puesta del sol, La segunda llamada, La cuesta de Temaca, Mi gran frío, Vida nueva, El amor grande, Veintisiete años, La tumba mía, La concha quebrada, Puesta del sol, El clavo, Los muertos encerrados, El gran beso de Dios, Lloro, bendice, besa; *Del cuartel y el claustro*: De Sor Eulalia, Con un poco de olvido, Va Chilapa rezando, Mi última pena, El pobre manco, La muerte del soldado, El cráneo roto, Enterradores, El ajenjo se tira; de *El vino de las cumbres*: El hombre enemigo, De eso me estoy muriendo, Tebaida, Éxodo, A las puertas de Antonio, El vino inútil; de *Franca inmensidad*: El descubrimiento de San Francisco, Los nueve capellanes, Hermanos capellanes, Desde la cárcel, Menelik el buen perro; de libro *El padre Luis*: Cura mi mal, El niño pobre, El ciego; de *Varones claros*: El padre Vicente, *Infide et lenitate*; de *Tumbas y estrellas*: Cenizas, Adán y Eva, A Jesús crucificado, A mi hermana, Mis tristezas; de *La oración de la patria*: El milagro del martes, I Cristo, Gritando Cristo, Himno indiano, Mi padre, Montañas patrias y del libro *De tumbas y estrellas*: Mis tristezas.

CAPÍTULO I

SEMBLANZA DE ALFREDO RAMÓN PLACENCIA (1875-1930)

Sólo aquel que pueda decir con Pascal: el yo
Es aborrecible, ha comenzado a obedecer el
Imperativo altruista de los Evangelios.

George Steiner

Alfredo R. Placencia está considerado por algunos críticos como uno de los grandes poetas católicos mexicanos. Para José Joaquín Blanco "es nuestro mayor poeta católico"¹⁰ mientras que Emmanuel Carballo puntualiza que "a lo largo de su obra ofrece una visión del mundo, del hombre en numerosas ocasiones de sí mismo, de la vida y de Dios, insólita en la poesía mexicana"¹¹.

No obstante de las opiniones favorables sobre su obra; aún es un poeta desconocido y poco se sabe de su vida personal.

El padre Placencia provenía de una familia humilde de Jalostotitlán, pueblo ubicado en los Altos de Jalisco, lugar donde la mayoría de las familias alteñas tenían muy enraizadas las costumbres religiosas. Los primeros años de escolaridad del poeta están totalmente vinculados con las acendradas costumbres católicas provincianas¹². Al respecto,

¹⁰ José Joaquín Blanco, *Crónica de la poesía mexicana*, pp. 123-125.

¹¹ Emmanuel Carballo, "El poeta que habla a Dios de tú a tú", *Unomásuno*, 4 feb, 1987, p. 22.

¹² Para mayor información a cerca de la infancia, ambiente en que se desarrolló y sus años de estudiante del autor, consultar el ensayo de

una de las estudiosas de la vida y obra del sacerdote jalisciense, Elsa Cross, marca el contexto religioso en que se formó y originó su obra: el de un catolicismo extremadamente conservador, el de la provincia de finales del siglo XIX y en los albores del siglo XX, y regido por las normas de un dogma estricto que nos introduce a las ideas del pecado, la culpa, el alma y el cuerpo o el espíritu y la carne.

Ese ambiente de profunda cercanía con la religión por parte de su familia propició que Placencia dedicara su vida a la carrera sacerdotal y asimismo a su vocación por la creación poética. Aunque se ha mencionado, también, que tomó la decisión de ejercer la carrera eclesiástica por motivos económicos, así sus problemas monetarios terminarían y podría dedicarse por completo al sacerdocio. Cabe señalar que sus estudios sacerdotales los sostuvo gracias a que trabajó arduamente vendiendo periódico por las mañanas y noches. Más tarde, en 1887, ingresó al Seminario Conciliar de Guadalajara, después en 1892 inició sus estudios de Derecho Canónico y Civil, de Teología Dogmática e ingresó, posteriormente, al Seminario Conciliar de San Agustín en 1896. Un año después se ordenó sacerdote y en 1899 recibió el Diaconado en el templo de San José de Gracia, de Guadalajara.

Desafortunadamente es difícil establecer una biografía del párroco, por diversos motivos. Su fuerte personalidad, aunada

María Esther Gómez Loza, "Alfredo R. Placencia, el presbítero poeta de los Altos de Jalisco", en *Memoria. XVII Coloquio de las literaturas*

a su intolerancia propiciaron exacerbadas diferencias con las autoridades de la Iglesia católica. Circunstancias que se debieron a dos motivos principalmente: primero, a que no tuvo buenas relaciones con el Arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez,¹³ situación que incidió para que fuera enviado a pueblos alejados a desempeñarse como clérigo -razón por la que es complicado rastrear o elaborar una secuencia biográfica. En segundo lugar, justo cuando ejercía, con gran entusiasmo, como ministro de la Iglesia (1914), el movimiento revolucionario había cobrado tintes antirreligiosos y los combates entre revolucionarios y federales se desarrollaron en la mayor parte de los estados del país (1910-1922).

Por todo lo anterior resulta difícil establecer una cronología pormenorizada de su vida y de su ejercicio sacerdotal. Pero, también, dada las circunstancias tormentosas que experimentó, su actividad como escritor, en ocasiones, pareció no poderse desarrollar. Ya que, cuando fue a desempeñarse como clérigo en Los Ángeles, logró establecer relación con la editorial de Eugenio Subirana para que le

mexicanas, op. cit.

¹³ "Este sentimiento de animadversión se gesta cuando el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez llegó a Atoyac en demandas de víveres y ropa para cruzar la sierra, y el cura Placencia, más lírico que con sentido práctico, le ofreció una velada literaria musical. Lo cual le pareció un disparate al arzobispo. Y se lo hizo saber a Placencia con estas palabras: "Estos poetas no sirven para nada, olvidándose de que él también era poeta"; anécdota tomada del artículo de María Esther Gómez Loza, "Alfredo R. Placencia, el presbítero poeta de los Altos de Jalisco (1875-1930)", p. 388.

publicaran tres de sus poemarios. No fue, por supuesto, una empresa fácil, publicar en vida sus primeros libros.

Su actuación como ministro fue poco común lo que le ocasionó serios problemas con sus feligreses y con el clero. Ernesto Flores nos cuenta que el padre Placencia fue calumniado por el cura Isabel García ante el Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, lo que provocó, aún más, la enemistad entre éste y el poeta¹⁴ al grado de que a la muerte de Placencia, el arzobispo ordenó quemar gran parte de sus poemas inéditos. Como consecuencia "...podríamos confirmar el motivo por el que Placencia preferentemente fue destinado a los pueblos más miserables del Estado de Jalisco" comenta, también, Flores.

Por sus ideas heterodoxas tuvo fuertes diferencias con la jerarquía eclesiástica, por lo que se le retiró el nombramiento de cura, perdió el cargo de clérigo y fue desterrado por las autoridades de la Iglesia, en dos ocasiones: a los Estados Unidos (1923), donde ejerció un presbiterio en Long Beach, Fillmore y Santa Paula, California y a El Salvador (1929) lugar donde, tal vez, también ejerció sus labores sacerdotales. En 1926 regresó a Tlaquepaque a residir definitivamente y, en 1930 murió de tuberculosis.

¹⁴ Luis Vázquez Correa y su alumno y amigo Agustín Yáñez comentaron el suceso de la destrucción de los poemas inéditos de Placencia a Ernesto Flores, quién hizo una breve antología de los textos del creador.

Al respecto Elsa Cross afirma en su libro *Mística y erotismo en dos poetas mexicanos*:

sus intensos poemas a Cristo, que dejan traslucir el otro amor, signado por el dolor y por el llanto que sabe salvar o ciega los abismos. Pero esa pasión y el deseo de compartir el sufrimiento de Cristo son anegados en un suplicio real, que no tiene, sin embargo, la génesis que Placencia hubiera querido acaso; no es el dolor del martirio, lleno de gloria y vuelto objeto de veneración, sino el sufrimiento del réprobo y del pecador, vilipendiado, expulsado de sus precarios paraísos hacia éxodos miserables¹⁵.

En su vasta obra poética dedicó poemas a la madre, al padre y a los hermanos. Habló de sus destierros, de la dura vida que experimentó en su infancia y adolescencia.

Otros de sus escritos evocan a las vírgenes y objetos litúrgicos.

Las influencias librescas predominantes en sus textos son: la de la *Biblia* y del *Libro de Job*.

¹⁵ Elsa Cross, *Los dos jardines*, p. 37.

José R. Ramírez en el estudio introductorio de la antología que preparó de los textos del cura, apunta que en los lugares donde ejerció como ministro de la Iglesia, fue invitado, en varias ocasiones, a declamar sus poemas en reuniones, veladas y academias.

El sacerdote sólo publicó tres libros en vida, como indiqué anteriormente y, después de su muerte, su amigo Luis Vásquez Correa le publicó varios de sus poemarios inéditos que el propio Placencia le entregó.

En resumen, el párroco evidenció un comportamiento hostil, rebelde y subversivo frente a las autoridades eclesiásticas.

Solo escribió poesía, principalmente, y tradujo algunos textos de Virgilio.

La obra poética de Placencia es de un tono muy desgarrador. Incluso, algunos crítico han hecho hincapié, en que precisamente en cómo le habla a Dios radica su originalidad y su grandeza como lírico.

RASGOS AUTOBIOGRÁFICOS EN LA OBRA DEL PADRE ALFREDO R. PLACENCIA.

Creo en la vida,
Creo en ti que no conozco aún,
Creo en mí mismo
Porque algún día yo seré todas las
cosas
que amo

**El aire, el agua, las plantas, el
adolescente.**

Luis Cernuda

"Toda obra literaria es autobiográfica" mencionó en alguna ocasión el filólogo Pedro Cátedra¹⁶ y esto lo sacó a colación, pues esta singularidad está cimentada en la obra de autores modernos y contemporáneos como en Juan Goytisolo, Luis Cernuda, Francisco Hernández, Alfredo Ramón Placencia, Margarita Michelena y otros autores.

En la producción literaria del padre Placencia sin lugar a dudas esta marca es innegable. Innegable también lo es que toda poesía intimista, al evidenciar los sentimientos más profundos del autor, es por sí misma autobiográfica¹⁷.

En la obra del párroco encuentro una marcada vinculación con la autobiografía. En toda su producción, sus versos de temas diversos: la familia, los amigos, su tierra natal, su exilio y los dedicados a Dios se manifiesta plenamente este carácter autobiográfico.

Algunos críticos han apuntado sobre este rasgo en su obra, como José Joaquín Blanco, Emmanuel Carballo, Elsa Cross, Raúl

¹⁶ Pedro Cátedra dictó un curso titulado: "Usos de la literatura popular. Entre el escrito y la memoria. Siglo XIX" en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. En este curso refirió sobre lo autobiográfico en la obra literaria.

¹⁷ Refirió en alguna ocasión José Romera Castillo.

Bañuelos, Alfonso Junco, Javier Sicilia, María Esther Gómez Loza y José R. Ramírez. Quienes han observado reiteradamente en sus textos esta constante.

Toda vez que, mediante las palabras, conocemos su espacio interior por medio de metáforas y analogías; en cada uno de sus escritos relata su historia personal, su historia de vida, Placencia. En efecto, en toda su escritura persisten ciertos registros autobiográficos: "realidad referencial, sujeto, esencia, presencia, historia, temporalidad, memoria, representación de la propia historia, mimesis, poder"¹⁸ y la palabra misma: el testimonio. A través de estas variantes va configurando el párroco su autorretrato. Todos sus poemarios confluyen en la bitácora de su entorno vivencial.

Cristina Moreiras-Menor, quien ha estudiado sobre la autobiografía nos señala: "Un proyecto autobiográfico puede esconder al menos tres elementos: la recuperación del pasado, una necesidad de confesión y una actitud primordialmente narcisista".

En la escritura del cura se revela notablemente estas constantes autobiográficas. Recupera su pasado Placencia al narrar la saga de su vida y de su aflicción: rememora la tierra natal, sus años de infancia y adolescencia, su ingreso como seminarista y sus labores sacerdotales.

Nos muestra una necesidad de confesión, al brindar al lector su propia historia mediante la emotividad -comparte las experiencias íntimas, sobre todo, las más dolorosas.

Asimismo, reconstruye su autoconfesión profundamente cargada de sentimiento o pathos.

Esta necesidad de autoconfesión implica o exhibe una actitud narcisista, hablar de él mismo. Pues, como enuncia Moreiras: "convierte al sujeto de discurso en su objeto de entendimiento". Al elaborar su autobiografía, el poeta se convierte en el sujeto de toda acción, es decir, él mismo es su motivo de comprensión y de entendimiento. Lo que pretende, es entenderse a sí mismo por vía de las palabras, mediante la poesía. De ahí que podemos asumir de lo anterior, que su poesía es el espejo de sí mismo. Sus poemarios podemos considerarlos como libros espejos.¹⁹ No sólo son autobiográficos sino autorreferenciales. Es decir su poesía constante y reiteradamente alude a él y a su drama interior.

Lo que le preocupa al autor, es mostrarse como es, configurar su autorretrato como indiqué líneas arriba. Como en el siguiente fragmento del poema, lo muestra "El divino disfraz":

Si el hombre aprende lo que ve, tu caridad

¹⁸ Lourerio, Ángel G., "La autobiografía en las España moderna", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, p. 18.

venga delante de tu ira en mi favor,
cuando a juzgarme vengas. Rompe mi disfraz,
mi horrendo disfraz de pecador.

Es evidente que el creador testimonia una doble intención de escribir: para ejercer su arte poética y la otra es mostrarse al mundo como un pecador arrepentido.

Si recordamos en muchos de sus composiciones líricas, él es el sujeto generador de situaciones, el que está en el centro de todo acontecer: él se autodefine, define y alaba a Dios, se enfrenta a él, rivaliza con la Divinidad, lo humilla y se coloca como pecador. De lo anterior, podemos deducir: su poesía es egocéntrica. Aun en los versos dedicados a Dios, él es quien aparece como creador de toda circunstancia y de todo lo que se va gestando. Todo es en función de él. Como en el siguiente texto "Lucha Divina", lo podemos constatar:

¿Piensas poder más Tú...? Te desafío;
Y si es así que tu potencia es mucha,
Lucha conmigo, vénceme en la lucha
y a Ti no más te ame, Jesús mío.

¹⁹ Como también lo explicó el Dr. Pedro Cátedra en su curso: toda obra autobiográfica es un libro espejo.

En el siguiente ejemplo marca claramente su posición ante Dios, el sacerdote está siempre generando cualquier circunstancia, como mencionamos, como en el siguiente fragmento:

Deja que piense en Ti y en Ti me abrase.

Aguarda a que me pase

esta ola de frío

y luego escribiré, si es que ya puedo,

tu libro este, que me causa miedo.

Como podemos observar en este escrito, no quiere escribir el libro pero lo escribe y lo entrega a Dios. Placencia se concibe pecador, se concibe creyente católico o se instala en alguna circunstancia de animadversión hacia Dios, el poeta siempre está como el personaje central. No es circunstancial que otro escrito lo titulara "El dueño del libro",²⁰ donde se refleja intensamente esta personalidad egocéntrica:

Eres tú el Grande único, eres Tú el Soberano.

Entre abre la boca,

desenclava tu mano

que el amor martiriza, descoyunta y disloca,

²⁰ De *Poesías*, pp. 4-5.

y bendice este libro que te entrego. No poca
parte en sus cantos tienes: su cadencias son tuyas.
Al cerrarse mis ojos con el último sueño,
no quiero que me arguyas
del insano delirio de sentirme su dueño.

A ti solo te toca.
Eres Tú el Grande único, eres el Soberano.
Entreabre tu boca,
desenclava esa mano
que el amor desconyunta, atiranta y disloca.

Lo recuerda mi alma con fruicción infinita
y al oído de todos lo pregona y lo grita,
lo conclama y confiesa:
tu figura doliente, y adorable y bendita,
en mis horas de bardo, siempre estuvo en mi mesa,
y cruzó entre mis sueños de indecible tristeza,
y alumbró, una por una, cada página escrita.

No he querido que acuda nadie nunca a inspirarme
lo que canta mi estro.

Desde niño en tus Llagas se me enseñó a alumbrarme,
y he querido que seas Tú mi solo maestro.

¿Lo he logrado? ¡Quién sabe! mas si no lo he logrado,
Tú sabrás, indulgente, perdonar mi delito.

Entre abre los ojos, que la pena ha entornado,
desenclava esa mano, que el dolor ha enclavado,
y mi libro bendice, que por ti ha sido escrito,
sólo y único grande Cristo crucificado...!

El autor desarrolla, en este poema, una elaborada ambientación que se convierte en el escenario perfecto para revelar que él ofrece su libro a Dios; pero con la ayuda de él lo ha escrito. Ya que, es sabedor que por su fuerte carga existencial que experimenta, no tiene ningún motivo de inspiración. Asimismo, es consciente que el libro es escrito por Dios. Parece una contradicción aunque lo que le interesa a Placencia es exhibirse como el sujeto dominante, que apela siempre a Dios para que lo ilumine y pueda escribir aunque el dueño de libro sea Dios; sólo que el sacerdote lo escribe, es inspirado por Dios y desea sólo la inspiración divina. La figura del autor siempre está manifestada, todo el tiempo participa de cada acto y de cada acción, se manifiesta una deliberada intención de mostrarse.

Como ha testimoniado Francisco Sánchez Blanco quien ha escrito sobre la concepción del yo en las autobiografías españolas del siglo XIX menciona existe "un progresivo dominio del yo, la interioridad y la memoria en las narraciones autobiográficas del siglo XIX" y, añadido, también,

en las del siglo veinte, tanto en obras narrativas como líricas, como es el caso del autor estudiado.

Si bien, y como apunté, lo que causa notoriedad es que no sólo su presencia, el dominio del yo se evidencia en todos los poemas incluso en los de diversas vertientes como en los poemarios: *El paso del dolor*, *Del cuartel y el claustro*, *El vino de las cumbres*, *Franca inmensidad*, *El padre Luis*, *Varones claros*, *Tumbas y estrellas* y *La oración de la patria*.

En el poemario más difundido *El libro de Dios*, el escritor siempre está como la figura central de su propia escritura mientras que Dios es desplazado a segundo término; incluso, en los textos dedicados a Dios, el poeta siempre está en el centro de todo: es el protagonista principal de su propia narración. Su presencia es dominante reitero. Por lo tanto, en ese sentido podríamos mencionar que la obra poética de Placencia es absolutamente egocéntrica. Nos enfrentamos con una escritura no sólo autobiográfica sino narcisista como diría Moreiras-Menor en su ensayo.

Por ello la lírica narcisista del canónigo mostrada en poemas como: "El libro de Dios", "Ciego Dios", "El Cristo de Cobre", "Miserere", "Mis tristezas", "¡Qué cosas!", "Lucha Divina", se nos presenta como una literatura confesional, intimista, existencial y sobre todo muy personal.

Algo significativo de esta tendencia autobiográfica en los textos del sacerdote, es que él erige su propia atmósfera y las ambientaciones para configurar todavía más la imagen que quiere revelar, como lo observamos anteriormente. Por ello, si me refiero a una lírica egocentrista es porque en ella, el autor nos relata su propia aflicción personal y como desea que lo vea el lector. Este drama lo crea y recrea constantemente y en reiteradas ocasiones.

No es casual, como mencionó María Esther Gómez Loza, cuando apunta: "convierte el poema en representación de su propio drama interno", que es la representación de su realidad referencial. Pues es tal su necesidad de confesarse que todo escrito lo va metamorfosando mediante la memoria para exhibirse como quiere presentarse el autor ante su lector: un hombre y un sacerdote al mismo tiempo, un mortal que llevó una doble vida, como cuando menciona en versos como:

Aquí sí que no puedo
nada, si no es temblándome la mano.
Tu nombre es inefable y soberano;
tu nombre causa devoción y miedo,
y, no puedo, no puedo.

¿Cómo voy a poder...? Soy un gusano.²¹

José R. Ramírez, quien ha estudiado su producción aporta este comentario:

La vida le fue dando casi siempre tragos amargos o tal vez él ya estaba hecho para verlo todo a través del cristal violeta, y su poesía un quejo infinito, más todo es identificación íntima entre poeta y poesía; su poesía es él, él mismo. Es el poeta que muestra su yo íntimo en cada verso, es la sinceridad misma que no habla por hablar, que escribe como una necesidad de mostrarse sin vanidad sin modestia. Fue un autobiógrafo constante, espontáneo, natural; va descubriendo su propio sentir desgarrador, atormentado²².

Por todo lo anterior, en la cita siguiente describe perfectamente lo que Alfredo R. Placencia intenta presentar en sus versos²³:

La autobiografía, tema, problema y texto nace en el tiempo cuando aparece la realidad del individuo que le sustenta como proyecto o

²¹ Del poema "Ciego Dios", del libro *Poesías*, p. 3.

²² José R. Ramírez, *Alfredo R. Placencia. Antología*, pp. 32-33.

²³ "La autobiografía como literatura, arte y pensamiento", *Anthropos*, 125, p. 5.

verificación eficiente del mismo. Brota de una dimensión desiderativa, de un anhelo íntimo y profundo, de una voluntad cuyo surgimiento tiene fecha, determinación y presencia; es un logro de toda la historia que puja hacia el hombre, hacia la firma y propiedad concreta de una vida diferente. Lento configurarse de un alguien que quiere decir su palabra, su visión del mundo, afirmar la conciencia de sí y de lo otro: hablar, conversar, dialogar textualmente, dejar obra con sentido. La autobiografía es la experiencia textual de alguien que no se aguanta ya las ganas de decir quién es, de sacar a luz la muchedumbre de seres que oculta en su almacén de realidades. Pero tampoco puede reprimir la fuerza que le lleva a situar a los demás en referencia a una visión del cosmos, del tiempo, de la vida y su trascendencia en porvenir y permanencia frágil o firme. Toda obra es una forma de autobiografiarse, de escribirse, de quedarse en los pliegues del tiempo, en los escenarios de la memoria y aun de la historia cotidiana, en los hitos del camino, en la arqueología del recuerdo, pero con sentido, libre expresión de una conciencia vital que se hace horizonte y luz en la tiniebla. No importa la verdad abstracta, sino el sentido del texto, su elección, su creación de libertad, su visión y configuración de una realidad singular y su contextualidad sentida desde dentro y expresada en las mil formas innovadoras del arte o del testimonio. Pero, sobre todo, autobiografía que pone por escrito la propia vida, que crea el texto de una forma de vida singular que late vibrante en sus ansias de expresión, de hacerse arte, literatura, historia, documento, huella, conciencia, camino, horizonte y presencia con porvenir. Tener la audacia de pronunciarse sobre sí mismo y los demás, de atreverse a decir quién es su yo, con todos los riesgos y peligros. En definitiva, transfigurar su carne y espíritu en un espejo textual.²⁴

²⁴ Editorial, "La autobiografía como literatura, arte y pensamiento", *Anthropos*, p. 5.

El comentario anterior ostenta concretamente lo que podemos observar en los textos del canónigo. Por tanto, asentamos que el creador ofrece un testimonio de vida, se expresa, hace presencia y se revela a sí mismo.

Su lírica opina Jesús Hermosillo Peña: "... se sustenta íntegramente en su propia vida que vuelca como en un diario, desnudándose en él y confesándose al mismo tiempo que acusa y reivindica".²⁵

En otro orden de ideas, otro rasgo característico de la autobiografía es la temporalidad. Hay que considerar que en este afán de reconstruir su vida, al rememorar los hechos pasados, necesariamente se mezclan hechos reales y ficticios.

Es decir, se entremezclan la realidad y la ficción. Georges May, ha reflexionado y teorizado sobre la autobiografía y apunta:

La autobiografía tiende a ser escrita en primera persona del singular y a adoptar un punto de vista retrospectivo, pero su orden cronológico de presentación es con frecuencia modificado por la intromisión de las preocupaciones presentes o por las distintas obsesiones personales. Así, la autobiografía intenta presentarse como verídica, pero la promesa de decir la verdad no implica ni el compromiso de no modificarla ni el de omitir ciertos aspectos embarazosos para el autor o terceros²⁶

²⁵ "El poeta de Jalostotitlán, Jalisco. Alfredo R. Placencia", en *Tristezas*, p. 97.

²⁶ "La autobiografía", *Anthropos*, p. 9.

De lo anterior, podemos anunciar que Placencia a fuerza de escribir y evidenciarnos su relato de vida; lo hace no sólo por su necesidad de mostrarse sino también como un compromiso hacia sus lectores y hacia sí mismo.

Aunque debemos anotar que ese compromiso implica que al ofrecer a sus lectores su lírica intimista, incurre en paradojas, disyuntivas y contradicciones. Como hemos podido observar en los anteriores ensayos de este libro, gran parte de su lírica es dedicada a Dios. Pero, sin embargo, no sólo escribe para Dios sino para él mismo. Y en este acto de escribir, su literatura muestra altibajos, pero pesa más su valor literario.

Retomando, las ideas anteriores, el sacerdote nos relata su vida en primera persona del singular y de manera retrospectiva, pero tomando en cuenta que se enuncian en sus escritos, también, hechos presentes o de la cotidianidad.

Todo esto característico de lo autobiográfico, la presencia de la temporalidad.

Incluso, también se relatan hechos que agobian y obsesionan al autor y que enmarcan profundamente su escenario vital: vive como sacerdote y vive como hombre, sus diferencias con las autoridades de la Iglesia católica, sus amores, los obstáculos a los que se enfrentó para poder

publicar algunos de sus poemarios, su marginación de la que fue objeto y sus diferencias con los feligreses. Todo ello obsesiona y preocupa siempre a Placencia.

Cabe precisar, y no es ocioso destacarlo, otro sesgo en su literatura: escribir sus versos representaba establecer un diálogo con sus lectores.

Estoy consciente que es un tema amplísimo²⁷ y que estudiar la obra de un autor desde la perspectiva autobiográfica, genera una amplitud de aspectos por analizar y reflexionar.

Sin embargo, no quiero dejar de lado este rasgo latente en la literatura del creador jalisciense. Que como argumentan los críticos, está plenamente evidenciada su vehemencia por dejar testimonio de sus experiencias de vida.

²⁷ Sobre el tema de la autobiografía están publicados numerosos artículos en la revista *Antrophos*. Mismos que remiten a una amplísima bibliografía sobre este aspecto.

CAPÍTULO II

La fama no prefiere a los católicos.

Rubén Darío.

LA CONDICIÓN HUMANA EN LA OBRA DE PLACENCIA.

"El arte, la literatura concretamente, ha ido bordeando la filosofía, la teología para descubrir el ámbito de la condición humana. Desde donde se mire, la condición humana llevará siempre a los extremos el pensamiento y enfrentará a las situaciones límite a quienes la enuncien, ya sea desde las ciencias de la naturaleza o las del espíritu. Ser humano es ser en el mundo, ser para y contra el mundo. Porque inherente al hombre es el otro, el que está fuera y el que está dentro. Y esa multiplicidad en que se privatiza la condición humana da lugar a las experiencias más disímbolas: dolor, alegría, amor, odio, felicidad, desesperanza, paz, armonía, sufrimiento..."¹

¹ Luzma Becerra, *Poesía y condición humana: habitar la palabra poética*, p. 15.

Estas ideas que enuncia Luzma Becerra, quién ha estudiado sobre la condición humana tienen relación con la obra del padre Placencia. El autor en su lírica no sólo nos muestra la condición del hombre sino la condición humana de sí mismo.

Emmanuel Carballo, Javier Sicilia, Elsa Cross, Alfonso Junco, José Luis Martínez y José R. Ramírez han señalado que leer la poesía del cura representa conocer: vida y obra.

A lo largo de sus letras encontramos latentes estas constantes: dolor, hastío, desolación, amargura, angustia, tristeza y nostalgia que son las tónicas de sus versos pero también de sus circunstancias de vida.

En su lírica vida y obra se fusionan. A través de su estética nos presenta una diversidad de tonos que confluyen en su escritura y que permiten evidenciar sus sentimientos más íntimos.

Como el mismo Placencia menciona el ambiente triste y desolador en el que vivió lo plasma en su libro *Tumbas y estrellas*, concretamente, en el poema "Mis tristezas"², relata la gran desolación que lo embarga y el hastío de su existir.

Mi dolor es un mar; en él se pierden

² De *Tumbas y estrellas*, incluido en *Poesías*, p. 276.

en fúnebre cortejo, mis tristezas,
silentes, majestuosas y sombrías,
cómo góndolas negras.

Allí buscando la tranquila playa
Naufragaron mis tímidas quimeras,
y cómo pobres pájaros heridos
mis sueños aletean.

Y el hastío, el pesar y el desengaño
surgen siniestros de sus brumas densas
y sus olas se encrespan y se agitan,
cuando pasan mis fúnebres tristezas
silentes, majestuosas y sombrías,
como góndolas negras.

De lo anterior, José Luis Martínez anota: "poeta que con tono muy personal supo expresar la íntima desolación y las conturbaciones religiosas".³

Uno de los momentos adversos de su vida **presbiteriana** fue que tuvo fuertes enfrentamientos con la gente del pueblo de Jamay, Jalisco, como he destacado anteriormente en el capítulo de la semblanza del padre jalisciense. Experimentó intensos altercados con sus feligreses, motivo por el que estuvo

³ José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo XX*, p. 76.

encarcelado. Precisó con resignación y con un dejo de tristeza en el poema titulado "Desde la cárcel"⁴:

Es verdad, estoy preso;
mas, no imagines grandes mis dolores
ni siquiera que sufro. Te confieso
que sin aire, sin luz, sin nada de
eso,
es de sueños mi cárcel y de flores.
Dios es bueno conmigo
por qué, si no, cuando me azota
airado,
déjame adivinar en su castigo
si que Si puedo pensar en el culpado,
no consiguió olvidarse del amigo. ..?
Porque es así como el Señor me
hiere,
con tan benigno amor que bien
querría
Si a su adorable voluntad pluguiere
que se volviera eterna mi agonía

⁴De *El vino de las cumbres*, pp. 143-144.

ya que muriendo así, nunca se muere.

Ante estas aflicciones que padeció el poeta su consuelo a éstas es Dios, así como para Séneca la filosofía es una resignación y consuelo para la vida, Dios es un desahogo para el padre Placencia, la religión es un consuelo a su tormentoso existir. En ese sentido y como indica uno de sus antologadores, Ernesto Flores, cuando puntualiza 'el acercamiento a Dios es por el dolor'.⁵

De otra parte, Alfonso Junco sugiere '... en todas las cosas y sobre todas las cosas su centro y su ambiente es Dios'⁶

En otros momentos de su escritura, el párroco persiste en alcanzar el perdón de Dios y la perfección, deseo que le produjo dolor cuando exclama en estos versos "Puedo muy bien ser réprobo. Aquí abajo es tan resbaladizo". Y ante ese desenfreno espiritual que vive el poeta está Dios como el amparo espiritual y como una guía de su vida cuando expresa el poeta: Deja que piense en Ti y en Ti me abraza". Pero ese dolor que siente el poeta es tan grande y tan profundo que lo comparte con Dios y lo hace copartícipe de ese sufrimiento con

⁵ Ernesto Flores, *Otro Adán expulsado*, p. 5.

⁶ Alfonso Junco, *Gente de México*, p. 31.

el que vive, como menciona en el poema 'Autónoma'

'Ese que clama es el dolor me dije.

"¿Qué me querrá el dolor?

Y me postré devoto ante tu grito

y respondí temblando Habla aquí

estoy".

Y tornaste a gritar 'Sube poeta.

Asciende hasta el cretón

de la angustia suprema.

Aquí te guardo...

Ya sabes para qué soy el dolor".

El cura concebía el dolor y el sufrimiento como parte de su vida. Su existir representaba experimentar siempre el dolor.

En muchos momentos comparten situaciones que los igualan o los hacen cercanos a Dios y al cura: el sufrimiento y el dolor.

Como mostré en las primeras páginas de este trabajo, su vida se presenta como un intenso dramatismo. Pedro Henríquez Ureña acota lo siguiente:

a medida que avanza la edad, todo poeta lírico, cargado de vida contradictoria y de emociones complejas, tiende a poeta dramático. En este poema Todas las noches con el que abro mis comentarios sobre la obra de Placencia, inicia la última etapa de su poesía, la más cargada de dramatismo, de cansada

desesperación de urgencia de calma y de sosiego⁷

Placencia sufrió primero, la muerte de su padre después la de su madre y posteriormente, la de su hermano y la de su hermana Cristina. Estas pérdidas de sus seres queridos y las ausencias de ellos le provocan a él un gran abatimiento y soledad.

Los versos que escribió sobre su padre, madre y hermanos aluden a su nostalgia por no tenerlos a su lado y por su pérdida que le causa una gran amargura en "Los muertos encerrados"⁸

**Cayó, rendida del sueño
de que no se vuelve nunca.
Me lo avisaba el correo.
No me habló la voz entonces,
dejó que anduviera el tiempo;
y, a la vuelta de ocho años,
vino otra vez el correo**

⁷ Hugo Gutiérrez Vega, *Dos poetas en la sombra. Discurso de ingreso como miembro titular del Seminario de Cultura Mexicana. Respuesta de Víctor Sandoval*, p. 36.

⁸ Frag. de *El paso del dolor*, incluido en *Poesías*, pp. 51-53.

a avisarme que en la guerra
murió el hermano pequeño,
y que mi hermana Cristina,
en un rincón de "Guerrero"
olvidó todas las cosas
y dejó su monasterio.

El abatimiento en el que estaba suspendido el autor, no impidió que desarrollara su actividad creadora y, quizás, estas palabras de su padre: Quiero darte a la vida de las Letras ya que las letras son el mejor patrimonio, fue un incentivo para ejercer su labor de biógrafo, pese a todo; pese a ese destino desafortunado que vivió, escribió una extensa obra literaria.

Desafortunadamente, por la personalidad tan extrema y polémica gestó una relación hostil con las autoridades clericales y con los feligreses y como consecuencia: La existencia del cura estaba sumida en una gran soledad, como apunta José Joaquín Blanco: "la carga sentimental que su soledad comprimía y exasperaba, siempre en la combustión de una bondad triste y perfecta,"⁹ de esto precisamente estaba inmersa su vida de una congoja espiritual y existencial de la que adoleció siempre. Pero ese caos en el que se encuentra el

⁹ José Joaquín Blanco, *Crónica de la poesía mexicana*, p. VIII.

lírigo lo sufre desde su niñez, en el poema 'La concha quebrada'¹⁰ afirma que estaba sumido en un abismo:

Vaciaba un niño el mar y no podía
acabar de vaciarlo. ¿En qué
estaría...?

Sacar llena la concha era lo mismo,
lo mismo justamente, que sacarla
vacía;
y eso estaba en que el mar es un
abismo.

Yo soy el niño ese. cuento la
misma historia,
desde al irse mi madre, que a Dios
goce en la gloria.

Cogí una concha grande, grande, como si fuera
agotar mi dolor cosa hacedera:
más hallé que mi mar quedaba el mismo
y me he puesto a quebrar en la ribera
mi concha que no supo desaguar el abismo.

¹⁰ Frag. de poema de *Poesias*, pp. 82-83.

Ese abismo lo lleva también a consumirse en una amargura que la refrenda en su escritura cuando hace una similitud entre el ajeno que al hervirse tiene un sabor muy amargo con su propia amargura en el escrito "El ajeno se tira"¹¹ y, también hace rememorar el pasaje bíblico del Cristo crucificado que le dan a beber vinagre.

Tal vez, la principal causa por la que sufrió el poeta, tal desgarramiento y con tal desesperación fue la doble vida que experimentó como hombre y como sacerdote. Ejerciendo el sacerdocio, mantuvo dos relaciones amorosas, las cuales fueron amores impuros –ante los ojos de los católicos, y como fruto de su segunda relación procreó un hijo. Estas causas fueron los recurrentes motivos de inspiración en su lirismo.

Otro acontecimiento adverso para Placencia, fue su destierro, causa de enorme dolor y tristeza que inundaban su existencia como señala Alfonso Junco: "su inspiración más honda y medular es el dolor".¹²

En síntesis, Placencia fue un hombre que desde su juventud vivió con sufrimiento por múltiples razones y visualizó desde adolescente ese sentimiento de abandono decretado por Hugo

¹¹ *Del cuartel y el claustro*, incluido en *Poesías*, p. 87.

¹² Alfonso Junco, *Gente de México*, p. 31.

Gutiérrez Vega. Tuvo la premonición de un abandono final y lo expresó con un dramatismo en su poema 'Mi Cristo de cobre'¹³.

Su obra está inmersa por esos intensos sufrimientos y llena de contradicciones y paradojas. En momentos que Placencia evoca a ese gran amor hacia Dios y en otros, se manifiesta un profundo conflicto interior y una lucha con la Divinidad. De lo anterior, Hugo Gutiérrez Vega alude que "es una obra llena de complejidades, deslumbrante en sus aciertos, deplorable en sus caídas, pero siempre capaz de iluminar y de conturbar el espíritu de los lectores"¹⁴.

OTRA VERTIENTE EN LA LÍRICA RELIGIOSA DEL SACERDOTE.

En la obra poética del sacerdote encontramos como temáticas principales la religiosa y la intimista. Sin embargo, un aspecto que resulta de singular interés en su obra es cuando menciona a ciertos personajes bíblicos como a Adán y Eva, la Virgen de Guadalupe, la Virgen María, a Francisco de Asís y a otros protagonistas como Juan Diego y Job, considerado este

¹³ Op. Cit., pp. 16-17.

¹⁴ Hugo Gutiérrez Vega, *Dos poetas en la sombra*, p. 33.

último como uno de los más emblemáticos en la historia de la poesía religiosa.

También, es una figura representativa en algunos escritos poéticos de autores del siglo veinte como Margarita Michelena, Jaime Sabines y del siglo de oro español como Lope de Vega, entre otros.

Job representa en la cultura judeocristiana una personalidad que vivió y padeció al extremo circunstancias adversas. Motivo por el que Placencia se identifica plenamente con Job cuando apunta en estos versos: "La segunda llamada":¹⁵

Yo penetré hasta el alma de la noche
y en sus abismos me senté; aquí estoy.
Una vez más en la penosa marcha
que emprendí por los senos del dolor,
se me acabó, de súbito, el camino,
se me ha escondido el sol.

Acaba de llegarme un telegrama.
Mi madre se cansó
de las muchas tristezas de la vida
y también se ha alejado, y aquí estoy

¹⁵De *Poesías*, p. 377

sobre una boca más del hondo abismo
que mis plantas mordió.

Voy a gritar de nuevo
a los hijos de Job.

Ellos oirán, piadosos, el gran grito
del hermano menor.

Poetas, seres mansos, seres buenos:
ya lo veis, aquí estoy.
Dad la mano a este pobre que se pierde
sin un rayo de sol.

En otro asunto, en la escritura placenciana presenciamos parte de la simbología cristiana: vírgenes, santos, capellanes, coros, sacristía, sillería y altares. Símbolos que en conjunto conforman una gama distinta en la totalidad de sus textos líricos.

Es importante considerarlos dentro del conjunto de poemas del escritor jalisciense. Lo que nos permite tener una óptica más amplia de su obra.

Poemas como "La doble sillería" nos remite a escenarios de la sacristía cristiana.

Dos hileras de asientos tiene la sillería

del coro del santuario de la Virgen María:
es la de arriba, una, la otra es la de abajo.
Ésta siempre trabaja, sin descansar ni un día;
la de arriba no tiene, al parecer, trabajo.
¿Qué está haciendo esa hilera que no sirve de nada?
la hilera no está inútil ni está desocupada.
Rezan los capellanes sentados en sus sillas,
de pie en algunas veces y en otras de rodillas;
pero lo más del tiempo sentados en sus sillas.

Cabe señalar que algo distintivo en este texto es que se demuestra, además la iconografía de los espacios que se describen.

Como en el texto "Lo que hace la limpia":
Despertar estupendo como de muchas aves
de no sé qué países hay en el campanario.
En alero celeste las torres del santuario
trocaron las campanas ladinas y las graves,

El altar se satura de perfumes suaves,
se inflaman las antorchas, se agita el incensario,
y el órgano solemene, lloroso y legendario
suelta sus ofertorios a rodar por las naves.

La Cátedra predica. La multitud se embarga.

Otra vertiente que desarrolló el clérigo fue recrear ciertos pasajes bíblicos como el de Adán y Eva en el paraíso, la aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego y de sus milagros y rememora a Jesucristo crucificado. Como podemos observar, son otras aristas que encontramos en su lirismo.

A) TRES RECURSOS ESTILÍSTICOS APÓSTROFE, ANTÍTESIS Y EPÍTETOS.

Los diversos usos que el poeta hace del apóstrofe, la antítesis y los epítetos, siendo éstos, a su vez, los rasgos estilísticos predominantes en su lírica. Por apóstrofe entendemos:

“figura de pensamiento de las denominadas patéticas o formas propias para expresar las pasiones. Consiste en interrumpir el discurso para incrementar el énfasis con que se enuncia, explícita o se cambia, a veces, el receptor al cual se alude (naturalmente en segunda persona) o se interpela con viveza. Este receptor puede estar presente o

ausente, vivo o muerto; puede ser animado o inanimado, y puede ser un valor o un bien, o puede ser el emisor mismo,..."¹⁶

Los usos que el poeta realiza del apóstrofe son por supresión/adición. Es decir por sustitución de una palabra por otra para dar mayor énfasis a su discurso. La palabra Dios, el autor, la sustituye por las siguientes frases: "Dueño adorado", "dulce bien mío" "Ciego adorado" o por "Tu majestad real".

Por ejemplo, se interpela a Dios, también, en tono de respeto cuando el lírico lo ve como un juez y lo expresa en segunda persona del singular: Dueño adorado ten piedad de este pobre que va extraviado. En tanto que, el poeta cuando se maravilla ante su grandeza divina lo enuncia así: tu majestad real, tu inmensidad de Dios.

En momentos de sus profundas crisis son cuando se enfrenta el escritor a Dios y la apóstrofe adquiere un tono de maledicencia hacia él. La palabra Dios, el autor, la sustituye por estas frases: Puedo yo más que tú, Ciego Dios o ¡vence ya, Jesús! Quiero cambiarme. Frases que son expresadas en primera y segunda persona del singular.

En sus escritos se evidencia su deseo de establecer el diálogo con Dios a quien invoca y evoca mediante el uso de la

¹⁶ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, p. 59.

apóstrofe, de diversas maneras; ya sea como la personificación del dolor ya como el Juez que amedrenta y castiga. En algunas ocasiones lo invoca para alabar su magnificencia y misericordia divina; en otras, llega incluso a vituperar a Dios y cuestionarlo.

Para Placencia, Dios representa la personificación del dolor cuando menciona en *El Cristo de Temaca*:

En la espinada frente
 en el costado abierto
 y en sus heridas todas, ¿quién no siente
 que allí está un Dios agonizante o muerto?¹⁷

En estos versos el autor recurre al apóstrofe y desvía la descripción de su Cristo crucificado para demandar nuestro punto de vista acerca de los sentimientos que desencadena aquella imagen. Otra forma de apelar a Dios mediante el uso de la apóstrofe presentada, en aquellas ocasiones, en que es necesaria una súplica. Frases como "Dueño adorado" y "dulce bien mío" reflejan claramente el carácter sublime de los siguientes versos del poema *Miserere*¹⁸:

¹⁷ Poema incluido en *El libro de Dios*, ed. 1990, p. 36.

¹⁸ *Ibidem*, p. 26.

Dueño adorado:

ten piedad de este pobre que va extraviado,
 más que por su malicia, por su flaqueza.

Al pensar en lo injusto de mi desvío, siento sonrojo
 y me embriago en angustia, dulce Bien mío. Álcese tu Clemencia
 sobre tu enojo; vuélvanse a mi los brazos, a que me acojo, y lo
 boca blasfemia calle el impío.

Del mismo modo, Placencia determina también por medio del apóstrofe una jerarquía entre la Divinidad y el lírico, manifestada en poemas como "El libro de dios" y "El dueño del libro" en que la grandeza de Dios sobrepasa cualquier circunstancia pasando de la devoción al miedo mientras que el poeta se mira a sí mismo como un gusano. O bien, presentándose como el escritor de un libro del que no quiere sentirse su dueño por miedo a padecer de un insano delirio que puede ser traducido como un pecado capital: la soberbia. Así podemos constatar lo anterior en el poema: "Libro de Dios"¹⁹:

Aquí si que no puedo nada, si no es temblándome la mano.
 Tu nombre es inefable y soberano: tu nombre causa devoción
 y miedo, y, no puedo, no puedo. ¿Cómo voy a poder...? Soy un

¹⁹ *Op.Cit*, p. 17.

gusano.

[...]

Lo que causa notoriedad en sus poemas es que son tan intensas sus crisis que otras maneras de interpelar a Dios son de tú a Tú para enfrentarse y retarlo como en estos versos del poema "A Jesús Crucificado"²⁰:

¿Es decir que a pesar de que soy nada no has logrado vencerme todavía...? No siento para amarte rebeldía, lejos de inconsecuencia tan osada ¡cómo suspira el alma desterrada por arderse en tu amor, delicia mía...! ¡No vence...! ¡Vence ya, Jesús...! Quiere cambiarme, que por eso me abrazo a tu madero, sabiendo que, al querer, puedes limpiarme.

En otros escritos, el poeta se enfrenta a Dios y es objeto de vituperio en el poema "Lucha Divina"²¹:

Tú sostienes el orbe con un dedo...? Eso, a decir verdad, no es maravilla. Puedo yo más que Tú. Yo soy de arcilla Y, ya lo has visto en el altar: ¡Te puedo!

²⁰ Poema de *Tumbas y estrellas*, incluido en *Poesías*, p. 292.

²¹ Poema incluido en *Poesías*, p. 6.

Cuando experimenta infortunio espiritual y le surgen dudas sobre su fe religiosa, se opone a Dios para cuestionarlo a través del apóstrofe: ¿Qué logras, al herirme, si te olvidares/ de que soy en tus dedos frágil arcilla...? / ¿A quién dañas y ofendes: perdonares...?

O bien lo desafía para imprecicar al Ser Supremo como en el fragmento del poema Ciego Dios²²

Así te ves mejor, crucificado.

Bien quisieras herir, pero no puedes.

Quien acertó ponerte en ese estado

No hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Dices que quien tal hizo estaba ciego.

No lo das; eso es un desatino

pues que hizo con el camino luego, si

los ciegos no dan con el camino...?

Convén mejor en que ni ciego era, Ni

fue la causa de tu afrenta suya.

¡Qué maldad, no qué error, ni que ceguera...!

Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.

¡Cuánto tiempo hace ya, ciego adorado, Que me llamas, y corro y nunca llego...! Si es

²² *Ibidem.*

tan sólo el amor quien te ha cegado,
Ciégume a mi también, quiero estar ciego.

En suma, esas maneras de dirigirse el sacerdote a Dios son contrastantes, mientras que en algunas apostrofa a la Divinidad para alabarlo, enaltecerlo, invocarlo, implorarle y para expresar su amor. En otras irrumpe enfrentándose, duramente a él, para retarlo, cuestionarlo, vituperar, imprecicar y blasfemar a Dios.

Es de subrayar que, en estos textos analizados, también, el autor utiliza otro recurso estilístico, la antítesis. Para Román Calvo que ha estudiado los elementos retóricos y la versificación en distintos autores la define como resultado de "contraponer unos pensamientos a otros, para que mayormente resalte la idea de que son contrarios"²³. Alfredo R. Placencia la emplea de diversas maneras en sus escritos: como puede ser para desacralizar la imagen divina, para declarar su infinito amor, al grado de minimizarse ante los ojos de Dios, para configurar su propio drama interior o para manifestar su inmensa admiración por él. Pero en todos los casos, la emplea para apelar a Dios y enfatizar, aun más, las dolencias que le aquejan.

En el poema "El Cristo de Temaca", el sacerdote representa a ese Cristo con crudeza, desacralizándolo y mostrándolo agonizante

²³ Norma Román Calvo, *Teatro y verso*, p. 120.

o muerto. Ese Cristo, nos lo describe, ya no como un Dios eterno ni como un ser superior. Placencia deliberadamente lo humaniza por su anhelo de una cercanía más intensa con Dios y le otorga atributos de humano y finito. Esta idea de un Dios agonizante o muerto se contrapone a la idea judeocristiana de Dios visto como un ser poderoso, omnipresente, omnisciente y eterno.

En aquellos versos donde el poeta se enfrenta al Ser Divino establece una lucha. En la que el lírico se asume como alguien que no vale nada y Dios es, por otra parte, representado así, también, como un ser descalificado. Como en el poema "Lucha Divina" que expresa: y si es así que tu potencia es mucha, / lucha conmigo, vénceme en la lucha.

En estos versos tanto Dios como el pecador están en la misma igualdad de circunstancias. Lo que permite afirmar que contrario al precepto bíblico de que el hombre es hecho a imagen y semejanza de Dios; éste es representado a imagen y semejanza del pecador. Quizás esto se deba a la aspiración del padre de ser un solo ente; o bien, él y Dios, una sola persona. A lo largo de sus manuscritos se evidencia un vacío del poeta, pues intenta una constante búsqueda de Dios pero nunca le encuentra. Ese continuo sentimiento de vaciedad recorre toda su obra poética.

En otros textos se presencia una inmensa admiración y amor por Dios, como indiqué líneas arriba. Pero, en algunos poemas ensalza la imagen de Dios y se autodenigra y empequeñece su persona al nombrarse en el poema "Libro de Dios" como un gusano para engrandecer, todavía más la imagen de Dios.

En otro orden de ideas los poemas religiosos de Placencia, encontramos, también, una gran diversidad de epítetos que expresan: amor, exaltación, engrandecimiento por la imagen divina; otros le sirven para evocarlo o nombrarlo en señal de respeto. No obstante el uso de algunos de ellos manifiestan una jerarquía entre el sacerdote y Dios.

Los epítetos que el autor emplea en sus versos, le sirven para reforzar los usos de la apóstrofe y la antítesis. Ya que los epítetos, la apóstrofe y la antítesis se complementan. Lo que quiero decir con esto, es que a través de los adjetivos, el autor proporciona a su escritura, fuerza a su estilo. Y las distintas formas como emplea los epítetos, manifiestan, además, también los diversos usos de la apóstrofe y antítesis.

El escritor recurre a diversas formas de interpelar a Dios y, aunque con menos frecuencia, hace uso de la antítesis para nombrarlo, también.

Ciertamente, estos elementos son lo que distingue en su obra en comparación con la de otros autores. Efectivamente, a lo largo de sus poemas se presencia un estilo sencillo, directo y, a veces, conversacional e intimista que le permite reducir a la expresión más sencilla sus alegrías y angustias.

Indudablemente, para comprender la obra religiosa del sacerdote hemos de remitirnos, sí a las circunstancias que le tocó vivir, pero, sobretodo, a su vida y sus emociones, que es donde se centra la temática principal de su creación religiosa.

Carlos González Salas argumenta:

Se da entre nosotros el hecho casi unánime de que grandes y pequeños poetas se dirijan a Dios albergando sentimientos nacidos en la fe católica. caracterizada por tempestades pasionales, por desvíos del pensamiento. Confusionismo intelectual o derrotas carnales. Por cualquiera de las dos sendas se abre camino el poeta mexicano hacia una fe sin nubes. Nostalgia de Dios o nostalgia del paraíso, sensación de ausencia y vacío que provoca la búsqueda anhelante.²⁴

La lírica de Alfredo R. Placencia puede considerarse entre profana y religiosa. El padre no logró del todo encontrar su estabilidad espiritual.

En efecto, si hay algo que caracteriza la obra de Placencia es la lucha de un hombre por saberse salvado a pesar de todo.

²⁴ Carlos González Salas, *Antología mexicana de poesía religiosa*, pp. 10-11.

El drama, dada la investidura del poeta, no es pequeño. Placencia era sacerdote. Por el contrario, su sacerdocio no fue, en el terreno moral, ni fácil ni placentero asegura su crítico Javier Sicilia. Tal vez sus conmovedores poemas dedicados a Dios apaciguaron, en cierto modo, a través del ejercicio de la creación, esa personalidad tan controversial del poeta, la de un hombre convencido de su amor hacia la fe católica y, al mismo tiempo, la de un individuo a quien lo rebasaron las circunstancias mundanas que le tocó vivir.

Aunque quizás por haber sido un hombre inadaptable a su tiempo, fue incapaz de llevar una verdadera vida consagrada al sacerdocio. "La fuerza de sus pasiones y la impiedad de la jerarquía eclesiástica le llevaron de desgarramiento en desgarramiento..."²⁵, privilegia Sicilia.

Sin embargo, la vocación sacerdotal del padre fue de gran convencimiento, pese a sus flaquezas espirituales y sus enfrentamientos con la Divinidad.

En virtud de que, en las obras de otros creadores mexicanos no se transgreden los convencionalismos religiosos y, en su gran mayoría, siguen el modelo de la antigua lírica tradicional española. En Placencia se presencia una poesía no ortodoxa frente a una literatura convencional regida por formas y estilos más

²⁵ Alfredo R. Placencia, *El libro de Dios*, pp. 10-11.

elaborados; como es el caso de Manuel Ponce, los Méndez Planearte, Alfonso Junco, Carlos Pellicer o Concha Urquiza. De lo anteriormente expresado, José Emilio Pacheco afirma "...pudo infundir al modernismo de sus contemporáneos remotos una llaneza coloquial, un tono de conversación desesperada con Dios y con los hombres."²⁶

Su mayor originalidad radica en su extraña rebeldía ante Dios, una manera especial de acercársele, que en ocasiones se vuelve imprecación y en el uso de ciertos tonos coloquiales que dan fuerza a su estilo caracterizado no por un lenguaje depurado sino preponderantemente emotivo. A lo que Sicilia argumenta: "Sí hay una fuerza en la poesía de Placencia, ésta no está en la perfección de su lenguaje, que más de una vez Alfonso Junco le reprochó sino en la sinceridad con la que expresa su tumulto interior"²⁷.

B) EL POETA ANTE DIOS

²⁶ José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo*, p. 266.

²⁷ Alfredo R. Placencia, *El libro de Dios*, 1990, p. 15.

Autopercepción que muestra la fusión del arte con la vida, cómo el arte es sólo anticipación de una pasión metamórfica.
La escritura es la huella.

Georges Perec.

En toda su obra encuentro notables formas de cómo el lírico se autodefine y se coloca ante Dios. Ya como un ser insignificante, ya como pecador, ya como hombre mundano o ya como admirador del Ser Supremo. En el desarrollo de la escritura placenciana podemos observar estas formas de autodefinirse.

En el poema "El libro de Dios", el párroco se define como un hombre insignificante, incluso llega al extremo de denigrarse cuando lo expresa en los siguientes versos:

Aquí si que no puedo
nada, si no es temblándome la mano.
Tu nombre es inefable y soberano;
tu nombre causa devoción y miedo,
y, no puedo, no puedo.
¿Cómo voy a poder? Soy un gusano
Déjame antes llorar, eso es muy mío

Deja que piense en Ti y en Ti me abrase. Aguarda a
que me pase
esta ola de frío
y luego escribiré, si es que ya puedo,
tu LIBRO este, que me causa miedo.²⁸

Podemos observar la dolencia que vive Placencia y es tal su dolor que se sobrestima a sí mismo llamándose gusano, esta literatura que nos ofrece el presbítero es muy pasional. Que en su propia escritura refleja una autoflagelación cuando expresa: déjame antes llorar, eso es muy mío/ Deja que piense y en Ti me abrase. Y vive una crucifixión al mismo tiempo cuando declara: Aguarda a que me pase esta ola/ de frío/ y luego escribiré, si es que ya puedo, tu/ Libro este, que me causa miedo/.

Sin embargo no quiere dejar de escribir ni de sufrir, nos presenta una situación límite que está experimentando.

Si el hombre aprende lo que ve, tu caridad venga delante de
tu ira en mi favor,
cuando a juzgarme vengas. Rompe mi disfraz,
mi horrendo disfraz de pecador.

²⁸ Poema de *El libro de Dios*, ed. 1990, p. 17.

No sólo estamos frente a una declaración de un pecador sino que somos testigos de un ser que se autoflagela constantemente y se autodenigra ante la poderosa imagen de Dios. Y de la que se maravilla ante su grandeza en el mismo fragmento del Romance XII²⁹:

**Dulcísimo Jesús mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.
Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte;
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.**

Considero que parte de su lirismo se asombra ante la imagen divina y como contrapeso está él, mostrándose como un ser inferior.

En otros poemarios del cura encontramos que se iguala para asemejarse o acercarse más a Dios en el mismo texto "El divino disfraz" cuando anuncia:

²⁹ Poema del libro *Poesías*, p.

**Porque obra tuya soy, Señor, de Ti salí
limpio, más limpio que el candor astral.**

Se evidencia una necesidad intensa de resarcir sus culpas, por eso cuando dice: porque obra tuya soy, de Ti salí, limpio manifiesta ese deseo de sanación divina.

Pero en otros textos el clérigo se ve a sí mismo como semejante a Dios pero se iguala también para desafiarle cuando expresa en el poema "Lucha Divina":

¿Tú sostienes el orbe con un dedo..?

Eso, a decir verdad, no es maravilla.

Puedo yo más que Tú, Yo soy de arcilla

Y, ya lo has visto en el altar; ¡Te puedo!

Se puede decir que hay momentos en los versos de Placencia donde se muestra su gran amor a Dios o un rechazo, una actitud de rebeldía hacia él. Incluso, de enfrentársele y blasfemar a la Divinidad.

Indudablemente, se reitera constantemente ese dolor que lo abate por ser pecador. En estos versos como en los siguientes

él se concibe: como un ser débil y frágil como una caña o una espiga, cuando menciona en el mismo poema "Miserere"³⁰:

No me apartes tu rostro templa tu saña.
 No es blasón de tu brazo que así persiga
 y descargue su azote sobre una caña.
 ¿Ya olvidaste mi historia? Soy una
 espiga
 que mil veces el soplo menos airado batió y deshizo.

Es innegable que Placencia se presenta como un hombre que sabe del dolor y que al mismo tiempo reacciona con rebeldía; pues en otro poema, se califica a sí mismo como un hombre rebelde como en los versos de "Abre bien las compuertas"³¹ alude:

Señor entra en mi alma y alza Tú las compuertas
 que imposible es que dejen que fluya mi amargura.
 Quiero que estén abiertas
 las compuertas
 de mi alma de roca, tan rebelde y tan dura.

³⁰ Poema del libro *Poesías*, p. 7.

³¹ Poema del libro *Poesías*, p. 13.

Manuel Rosas ha apuntado, otro autor estudioso de la obra de Placencia, que es "de un pensamiento vigoroso y potente, su numen inspira estridencias rotundas en las que flotan burbujeantes lascas de su alma de roca, tan rebelde y tan dura".³²

La carga existencial que el canónigo tiene es tan intensa que siempre a lo largo de casi todos los poemarios lo hace reiterada y constantemente, incluso esta causa lo lleva a denigrarse nombrándose limosnero en estos versos del poema "La vuelta"

Para la turba y ponte, condolido, a curarme.

Yo he llamada a tus puertas, como buen limosnero,

porque sé que, si quieres, puedes luego sanarme.

Conviene destacar en la obra del jalisciense que se aprecia cierto romanticismo donde se define como un soñador como en "El Cristo de Temaca"³³-

³² Manuel Rosas, "Alfredo R. Placencia", *Duc in altum*. Revista del Seminario de México, 1948.

³³ De *Poesías*, p. 15.

Si tantas veces te canté de bruces, premia mi fe de
soñador, que has visto, alumbrándome el alma con las
luces que salen de las llagas de tu Cristo.

También el sacerdote se describe severamente a sí mismo
en "Mi Cristo de cobre"³⁴ como pobre vergonzante, se
intensifica más en³⁵:

Como el último pobre vergonzante,
quiero un lecho raído
en algún hospital desconocido
y algún Cristo de cobre agonizante

Quizás ese sentimiento de culpa lo canalice a través de la
propia escritura, donde de una u otra forma le sirve o es un
espacio de catarsis de todas sus angustias.

En toda la poética religiosa de Alfredo R. Placencia es
evidente su sobrestimación, en ocasiones el sacerdote se
instala ante la Divinidad como un ser inferior, insignificante y
temeroso cuando clama en estos versos del "El libro de Dios":

Aquí si que no puedo

³⁴ De *Poesías*, p. 16.

³⁵ Poema de *Poesías*, p. 15.

nada, si no es temblándome la mano.

Tu nombre es inefable y soberano;

tu nombre causa devoción y miedo,

y, no puedo, no puedo.

Acornó voy a poder...? Soy un gusano.

Además, el sacerdote consciente de sus culpas se muestra como un hombre con actitud humilde, desolado por ser pecador "Miserere", o bien como en estos versos que se muestra ante Dios como un hombre débil en el mismo poema de "Miserere"

**¡Oh...! mitiga mi angustia. Que tus enojos nunca más en los
tuyos miren mis ojos... ...¿Qué logras, al herirme, si te
olvidares de que soy en tus dedos frágil arcilla,..?**

Las maneras de autopercebirse el creador como presenciamos son diversas y como se coloca ante Dios: como un ser inferior, humilde, débil, temeroso, como pecador arrepentido que pide la guía del Señor y, a veces se equipara ante él. Pero en otros textos adquiere una actitud de sumisión.

CONCLUSIONES .

Como hemos podido corroborar a lo largo de este trabajo, constatamos lo que a decir de la crítica especializada, la importancia y trascendencia de la lírica de Alfredo R. Placencia, la que definen sus críticos como una de las más originales de la poesía religiosa del siglo veinte.

No he encontrado en otros escritores que han publicado poemas a Dios; las peculiaridades del autor jalisciense: franqueza coloquial, sumisión llevada al extremo, negación de sí mismo, rebeldía que se torna blasfemia ante el Ser Supremo y, en momentos, cierta arrogancia al igualarse o considerarse un demiurgo frente a la misma Divinidad.

Su capacidad de lograr con un lenguaje sencillo y coloquial extraordinarios poemas, los cuales han trascendido de generación en generación; con estudiantes, escritores e investigadores. Poemas como "El libro de Dios", "Ciego Dios", "El Cristo de Temaca", "Lucha Divina", "¡Qué cosas!" y "El Cristo de Cobre" son los más antologados y se han convertido en material de lectura en escuelas primarias. Incluso, podemos asegurar que son los que más recepción han tenido entre los estudiosos y críticos literarios.

Aunque debemos tomar en cuenta los otros textos que dedica a Dios y que sólo en algunas antologías están

incluidos. Los cuales resultan interesantes por la estética que desarrolla y la amplitud de senderos que explora.

Con lo que constatamos que los versos más logrados son los dedicados a Dios. Sin que por ello, dejemos de reconocer que el conjunto de su producción literaria es valiosa. Valdría la pena analizarla con detenimiento para tener un panorama global de su creación lírica.

Cabe aclarar que en una buena parte de antologías mexicanas y, en algunas, latinoamericanas de poesía, Placencia ha sido incluido y valorado por los especialistas.

Escritores como Javier Sicilia, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Raúl Bañuelos, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, José Luis Martínez, Alfonso Junco, José Joaquín Antonio Peñalosa, José Rosario Ramírez, Emmanuel Carballo, Efrén Hernández, Jesús Arellano, Alejandro Avilés, Gabriel Zaid, Luis Sandoval Godoy, Ernesto Flores, Carlos González Salas, Hugo Gutiérrez Vega, Emmanuel Palacios, Agustín Yáñez, Alberto Valenzuela Rodarte, José Joaquín Blanco, Elsa Cross, Salvador Elizondo y María Esther Gómez Loza y otros tantos escritores han estudiado con dedicación su obra. Ésta ha generado ediciones, reediciones y antologías de su obra poética.

Por su parte, Juan José Arreola llegó a expresar que Placencia es uno de los poetas más sobresalientes de la lírica religiosa en México.

Debemos destacar que, la gran mayoría de poetas mexicanos aún los que no son religiosos, han escrito poemas con influencia bíblica o versos, sí dedicados a Dios. Como es el caso de autores como Margarita Michelena, Octavio Paz y Jaime Sabines, por mencionar sólo algunos autores.

Resulta necesario destacar que se le han brindado varios homenajes póstumos y se creó la medalla Alfredo R. Placencia a partir del 2008.

Ahora bien, considero que de toda su producción, los poemas más impactantes, cuyos tonos de imprecación, donde se vitupera a Dios y se le blasfemia son los más sobresalientes. Es precisamente, donde encontramos a un creador que se ha consagrado como poeta. Ya que, en una de sus grandes creaciones como "El libro de Dios", nos percatamos de cómo en un solo texto se manifiesta diversas emociones y diversos aspectos formales.

Es preciso indicar, que frases como ciego Dios, El Cristo de Cobre, Dios agonizante o muerto frente a frases como Dueño Adorado, Eres tú el grande, Eres tú el soberano; estas formas tan extremas y contrastantes marcan el estilo del autor. De lo anterior, podemos señalar que precisamente estas últimas formas de apostrofar a Dios es una herencia de la poesía tradicional española. Sólo que en el caso de la lírica del cura son diversas las formas, extremas e intensas.

Conviene mencionar a algunos autores que han señalado que la lírica de este escritor se inserta dentro del movimiento modernista. Autores como José Emilio Pacheco y César Arístide lo incluyen en sus antologías como un autor cuya obra se inserta dentro de esta corriente literaria.

Sería un aspecto por estudiar porque, también, se ha argumentado sobre el hecho de que puede insertarse su obra dentro del prerromanticismo mexicano.

Algunos especialistas han atribuido a Lope de Vega, Zorrilla de San Martín, San Bernardo y Fray Miguel de Guevara, como sus referentes directos. Incluso, algunos críticos han declarado que Lope de Vega, fue quien más influyó en su obra. También, Elsa Cross, Gabriel Zaid y Emmanuel Carballo han hecho algunas acotaciones al respecto.

Otro asunto por puntualizar, es que parte de la producción hemerográfica del sacerdote, todavía, se encuentra dispersa en los acervos de algunas bibliotecas como la del Seminario de San Luis Potosí, la biblioteca del estado de Guanajuato y tal vez en la biblioteca de su tierra natal, Jalostotitlán.

Los versos religiosos del clérigo: los dedicados a las vírgenes, a algunos santos, a los capellanes, a Fray Bernardo, en fin. Donde incluye pasajes de *La Biblia*, merecen atención por parte de los estudiosos. Pues es otra

faceta interesante de la obra del sacerdote. Y de la que hasta el momento nadie se ha ocupado.

Otros escritos donde alude al arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez. O bien, los que mencionan su vida en el seminario en compañía de sus compañeros seminaristas son de gran interés para conformar una biografía del jalisciense.

Otro punto a considerar es ese aspecto autobiográfico donde podemos apreciar como el autor va conformando un autorretrato a lo largo de su obra lírica.

En fin, falta mucho por trabajar y explorar acerca de la obra de este gran personaje de las letras mexicanas del siglo veinte, Alfredo Ramón Placencia.

Pero he podido confirmar que de la lectura de los textos placencianos se evidencian como una obra poliédrica, sorprendente, con matices realmente reveladores. Por todo ello es una obra que se distingue por su originalidad.

Por último, en las últimas décadas se ha puesto más atención a la producción de los escritores que escriben lírica religiosa. De la antología de Carlos González Salas, *Antología mexicana de poesía religiosa del siglo veinte* que publicó en 1963 pasaron más de cuarenta años para que se publicaran otras dos antologías que ofrecen la producción literaria mexicana: la de Raymundo Ramos, *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, publicada en el 2003 y la del *Salmo fugitivo* de Leopoldo Cervantes, editada en el 2004.

En el caso de esta última compilación, se incluyen, también, poetas hispanoamericanos. Las dos obras resultan enriquecedoras para conocer sobre todo aquellos autores que han escrito poesía religiosa reciente como Javier Sicilia y Mario Calderón. Y además para conocer que escritores mexicanos que no son religiosos han desarrollado la vertiente religiosa en su obra.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, José Rogelio, "Alfredo R. Placencia", *El Informador*, Supl. especial, 18 may, 1993; "Jaliscienses destacados", <http://www.fomentar.com/Jalisco/Tapatíos/index.php?codigo=252&i> (Consulta: 24 may, 2011)
- Anónimo, "La poesía de Alfredo R. Placencia revive en el Panteón de Belén", *Informador.com.mx*, 20 may, 2010, pp. 1-2; <http://www.informador.com.mx/cultura/2010/202832/6/la-poesia-de-> (Consulta: 24 may, 2010)
- Arellano, Jesús, "Alfredo R. Placencia: poeta", *Letras Potosinas*, San Luis Potosí, S.L.P., 105-106, septiembre-octubre, 1952, pp. 37-38.
- Arístides, César, *El cisne en la sombra. Antología de poetas modernistas*, pról., México, Alfaguara/Taurus, 2002.
- Bañuelos, Raúl, "Alfredo R. Placencia, del dolor a la alegría", *La Jornada Semanal*, 844, 8 may 2011; <http://www.jornada.unam.mx/2011/05/08/sem-raul.html> (Consulta: 24 may, 2011)
- Becerra, Luzma, *Poesía y condición humana: habitar la palabra poética*, México, Universidad Iberoamericana, 2008.
- Beristáin, Helena, *Análisis e interpretación del poema lírico*, México, UNAM, IIFL, 1989 (Cuadernos del Seminario de Poética, 12).
- _____, *Diccionario de retórica y poética*, 8a. ed., México, Porrúa, 2001.
- Blanco, José Joaquín, *Crónica de la poesía mexicana*, México, 3a. ed., Katún, 1983.
- Carballo, Emmanuel, "El poeta que habla a Dios de tú a tú", *Unomásuno*, 4 febrero, 1987, p. 22.
- _____, "Recordando a Alfredo R. Placencia", *Universidad*

- de México, ago, 2010.
- Castañón, Adolfo, *Arca de Guadalupe*, México, Jus, 2007.
- Cervantes, Leopoldo, *El salmo fugitivo*, Una antología de poesía religiosa latinoamericana del siglo XX, Est. y selec., México, Aldus, 2004; 2a. ed., Pról. de Carlos Monsiváis, 2008.
- Cross, Elsa, *Los dos jardines. Mística y erotismo en algunos poetas mexicanos*, México, Eds. Sin Nombre/CONACULTA, 2003 (La Centena. Ensayo).
- Diccionario de escritores mexicanos*, con un panorama de la literatura mexicana por María del Carmen Millán, México, UNAM, CEL, 1967.
- Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX*, Coord. Aurora M. Ocampo, colaboradores: Angélica Arreola Medina, et al, t. VI (N-Q), México, UNAM, IIFL, CEL, 2002.
- Domingo-Argüelles, Juan, "Ciego Dios", texto tomado del audio: <http://www.palabravirtual.com/index.php?ir=vervoz1.php&wid=248&p=AlfredoR.Placencia&t=CiegoDios&o=FernandoD%C3%DiezdeUrdanivia> (Consultado: 23 may, 2011)
- Elizondo, Salvador, "Modernismo y modernidad, Alfredo R. Placencia", en *Museo poético*, México, UNAM, 1974, (Textos Universitarios).
- Encarnación, Salvador, "El padre Placencia", <http://www.tzaulan.com.mx/index.php/educacion-y-cultura/1131-el-p>. (Consulta: 24 may, 2011)
- Fernández Cifuentes, L., "Torres Villarroel: tirado con gusto por la vida", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 125, 1991, p. 17.
- Gómez Loza, María Esther, "Alfredo R. Placencia. El presbítero poeta de los Altos de Jalisco 1875-1930), en *Memoria, XVII Coloquio de las Literaturas Mexicanas*, Hermosillo, Son., Universidad de Sonora, 2001.
- _____, *Lo sagrado en dos poetas mexicanos Modernos. Alfredo R.*

Placencia y Ramón López Velarde, Zapopan, Jal.: Edit. Amate, 2002 (Series. Biblioteca Contemporánea).

_____, "Alfredo R. Placencia: El hombre y el poeta", *Ahuehuate*, 17, Dir. Ignacio Bonilla Arrollo, Guadalajara, Jal.: Seminario de Cultura Mexicana, sep-oct, 2005, pp. 19-30.

Gómez Luna Cortés, Samuel, "Alfredo R. Plascencia: el poeta olvidado", *La Gaceta de la Universidad de Guadalajara*, 342, Guadalajara, Jal., 3 may, 2004, p. 13; www.gacetaudg.mx/Hemeroteca/paginas/342/342-13.pdf (Consulta: 16 abr, 2010).

González Salas, Carlos, *Antología mexicana de poesía religiosa*, Introd., selec. y notas, México, Jus, 1963.

González Serrano, María del Rocío, "Alfredo R. Placencia. Un poeta olvidado", México, *Alforja*, III, verano, 1997, pp. 35-47.

_____, "Alfredo R. Placencia, un caso singular en la poesía religiosa en México", *Jornadas Filológicas 2002*, UNAM, IIF, 2004 (Eds. Especiales, 34).

_____, "Paralelismos biográficos y temáticos en los poemas de Lope de Vega y Alfredo R. Placencia", *Ahuehuate*, 17, Guadalajara, Jal., Seminario de Cultura Mexicana, Seminario de Cultura Mexicana, sep-oct, 2005, pp. 13-18; como "Algunas afinidades temáticas en los poemas religiosos de Alfredo R. Placencia y Lope de Vega", en *Jornadas Filológicas 2004. Memoria*, Coord. Alejandra Vigueras, México, UNAM, IIF, 2006 (Eds. Especiales, 36).

_____, "Poemas religiosos de Alfredo R. Placencia", *Círculo de Poesía. Revista Electrónica de Literatura*, <http://www.circulodepoesia.com.mx>; en *Cultura de Veracruz. Revista de Literatura Contemporánea*, Xalapa, Ver., 49, Dir. Raúl Hernández Viveros, nov, 2009, pp. 25-34; en ed. electrónica: <http://www.nuevaepoca.blospot.com/2009/01/nueva-epoca-revista-cultura-veracruz.html>.

_____, "Alfredo R. Placencia ante la crítica", *Círculo de*

Poesía. Revista Electrónica de Literatura, 16 jun, 2010, pp. 1-7; <http://circulodepoesia.com/nueva/2010/06/-la-obra-de-alfredo-r-placencia> (Consulta: 17 jun, 2010)

_____, "Dos recursos estilísticos en la poesía de Alfredo R. Placencia", en *Ensayos literarios II*, Vol. Colectivo, Coord. Cecilia Eudave, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010 (Libros de Letras), pp. 57-66.

Granados, Pavel, "La poesía en México durante los años de la Revolución", *Cabezadeborrador*, <http://pavelgranados.blogspot.com/2009/01/la-poesia-en-mexico-durante-la-Revolucion> (Consulta: 6 may, 2011)

Gutiérrez Gutiérrez, José Antonio, "Recordando a Alfredo R. Placencia. En el aniversario de su muerte. 15 de mayo de 1930", Página de Jalostotitlán, Jalisco: Personajes, <http://members.pronet.net/jalos/personajes/alfredoplacencia.htm/> (Consulta: 16 abr, 2010).

Hermosillo Peña, Jesús, "El poeta de Jalostotitlán, Jalisco. Alfredo R. Placencia", en *Tristezas*, Aguascalientes, Ags., Talls. de Impr. y FOCET Daniel Méndez Acuña, 1984, p. 65-105.

Loureiro, Ángel G., "La autobiografía española: actualidad y futuro", *Anthropos*, 25, Barcelona, 1991, pp. 17- 18.

Maldonado Villalpando, Óscar, "Temaca y el poeta Alfredo R. Placencia, su eco en don Mariano González Leal", "Seminario Siete Días", Guadalajara, Jal.,, 10. feb, 2009, pp. 1-2; <http://7diastepa.blogspot.com/2009/02/temaca-y-el-poeta-alfredo-r-p> (Consulta: 22 mar, 2010)

Martínez, José Luis, *Literatura mexicana. Siglo XX 1910-1949*, México: CNCA, 1990 (Lecturas exicanas. Tercera Serie 29).

Monsiváis, Carlos, "Así te ves mejor...crucificado", *El*

Imparcial, Hermosillo, Son., 15 oct, 2006, Sec. Cult. Perfiles, p. 1.

Moreiras-Menor, Cristina, "Ficción y autobiografía en Juan Goytisolo: algunos apuntes", *Anthropos*, 125, 1991, p. 76.

Pacheco, José Emilio, *Poesía mexicana I. 1810-1914*, Presentación, selec, y notas de JEP, México, Edit. Patria, 1992.

-----, *Antología del modernismo (1884-1921)*, Pról., selec y notas, México, Era, 1999.

Emmanuel Palacios y Agustín Yáñez, *Bandera de Provincias*, Guadalajara, Jalisco: t. I, 22.

Peñalosa, Joaquín Antonio, *Flor y Canto de Poesía Guadalupana del siglo XX*, México, Jus, 1984.

Placencia, Alfredo R., *El libro de Dios*, Pról. de Alfonso Junco, Barcelona, Imp. Eugenio Subirana, 1924; Eds. facs., Guadalajara, Jal., INBA, 1973; Presentación de Javier Sicilia, México, CNCA, 1990 (Tercera Serie. Lecturas Mexicanas, 9).

-----, *Antología poética*, Introd. de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, México, UNAM, 1946; otra ed., Guadalajara, Jal., Sría. de Cultura, 2007 (Letras Inmortales de Jalisco).

-----, *Poesías*, Recopil. de Luis Vázquez; Correa, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Instituto Tecnológico, 1959 (Casa de la Cultura Jalisciense, 1).

-----, *Antología*, Presentación de Alejandro Avilés, México, Jus, 1976 (Poesía, 3).

-----, *Otro Adán expulsado*, Selec. y nota

introd. de Ernesto Flores, México, UNAM, Dir. General de Difusión Cultural, Depto. de Humanidades, 1985 (Material de Lectura. Serie Poesía Moderna, 54); <http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php?potiom=conte> (Consulta: 24 may, 2011).

-----, *Antología*. Alfredo R. Placencia, Est. introd. y selec. de José R. Ramírez, 3a. ed., México, Impr. Roca, 1992.

-----, *Antología completa*. Alfredo R. Placencia, Pról. de Ernesto Flores, México, FCE/CNCA, 2011.

Ramos, Raymundo, *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, Pról., selec. y notas, México, Lumen, 2003.

Ramos Cortés, J. Víctor, *Alfredo R. Placencia*, Guadalajara, Jal., Kerigma, 1976.

Román Calvo, Norma, *Teatro y verso. El arte de conocer el verso español*. México, Árbol Editorial.

Rosas, Manuel, "Alfredo R. Placencia", *Duc in altum*. Revista del Seminario de México, 1948.

Sandoval Godoy, Luis, *Alfredo R. Placencia. Dolor que canta*, Guadalajara, Jal., Taller Edit. La Casa del Mago, 2009 (Obras, 4).

Souza, Jorge, *Poesía insurgente de México 1810-1910*, Selec. de JS y Juan Bañuelos, Guadalajara, Jal., Sría. de Cultura, 2011.

Wolfgang Vogt, "La escritura excluida. Alfredo R. Placencia", *El Occidental*, 16 mar, 2011; <http://www.oem.com.mx/eloccidental/notas/n2005142.htm>

(Consulta: 23 may, 2011)

Zaid, Gabriel, "Biografía de Alfredo R. Placencia". *Página de Tejamajalisco*. Recuperado de: <http://temacajalisco.com/sitio/> (Consulta: 6 abr, 2010)

APÉNDICE DE LOS POEMAS RELIGIOSOS DE ALFREDO R. PLACENCIA.

"El libro de Dios"

Aquí sí que no puedo
nada, si no es temblándome la mano,
Tu nombre es inefable y soberano;
tu nombre causa devoción y miedo,
y, no puedo, no puedo.
¿Cómo voy a poder...? Soy un gusano.
Déjame antes llorar, eso es muy mío.
Deja que piense en Ti y en Ti me abraza.
Aguarda a que me pase
esta ola de frío
y luego escribiré, si es que ya puedo,
tu libro este, que me causa miedo.

Mientras anda la noche y todo duerme,
me sentaré a raíz, sobre la tierra,
dando tiempo a tu amor de que me enferme.

Así voy a ponerme,
y el dique romperé, que el llanto encierra,
y, en seguida vendré, a desmorecerme.

Los misterios del llanto son los mismos
que los solemnes del Amor. El llanto
sabe salvar o ciega los abismos,
tal como aquél, y sana y melifica.
El Amor puede tanto,
que a un tiempo lava y cura y deifica.

Así lo voy a hacer, por ver si puedo
con este Libro que me causa miedo,
Me sentaré a raíz, sobre la tierra,
mientras la vida calla y la luz duerme,
y el dique romperé, que el llanto encierra.
Voy a desmorecerme
y a sentarme en la tierra.
Tan sólo aguardo que tu amor me enferme.

"El dueño del libro"

Eres Tú el Grande único, eres Tú el Soberano.
Entreabre la boca,
desenclava tu mano
que el amor martiriza, descoyunta y disloca,
y bendice este libro que te entrego. No poca

parte en sus cantos tienes: sus cadencias con tuyas.
Al cerrarse mis ojos con el último sueño,
no quiero que me arguyas
del insano delirio de sentirme su dueño.

A Ti sólo te toca.
Eres Tú el Grande único, eres el Soberano.
Entreabre tu boca,
desenclava esa mano
que el amor descoyunta y atiranta y disloca.

Lo recuerda mi alma con fruición infinita
y al oído de todos lo pregona y lo grita,
lo conclama y confiesa:
tu figura doliente, y adorable y bendita,
en mis horas de bardo, siempre estuvo en mi mesa,
y cruzó entre mis sueños de indecible tristeza,
y alumbró, una por una, cada página escrita.

No he querido que acuda nadie nunca a inspirarme
lo que canta mi estro.

Desde niño en tus Llagas se me enseñó a alumbrarme,
y he querido que seas Tú mi solo maestro.

¿Lo he logrado? ¡Quién sabe! mas si no lo he logrado,
Tú sabrás, indulgente, perdonar mi delito.
Entreabre los ojos, que la pena ha entornado,
desenclava esa mano, que el dolor ha enclavado,
y mi libro bendice, que por ti ha sido escrito,
sólo y único grande Cristo crucificado...!

"El divino disfraz"

Rubio Niño celestial:
mi fe tibia alcance a ver
que es Dios mismo el que a nacer
ha venido a este portal.

Vamos, pastores, a adorar al Niño Dios
que en un pesebre helado acaba de nacer.
¡Oh Dios! ¡qué, dura cosa es ésta de creer!
De tan mal suerte nacer Vos...

Si el hombre malo aquí te ve, pudiera ser
que al ver, mañana, el gran ludibrio de la cruz,
tampoco allí tu Majestad quiera entender.
¿Cómo va a pensar que allí estás Tú...?

Deja de andarte disfrazando: deja ver
tu majestad real, tu inmensidad de Dios.
¿No piensas Tú que el mundo, así, pudiera ser
que viviera más en tu temor...?

Si el hombre aprende lo que ve, tu caridad
venga delante de tu ira en mi favor,
cuando a juzgarme vengas. Rompe mi disfraz,
mi horrendo disfraz de pecador.
Porque obra tuya soy, Señor, de Ti salí
Limpio, más limpio que el candor astral.
Cuanto, al juzgarme, en desconcierto halles en mí,
Corra a enderezarlo tu piedad.

Rubio Niño celestial:
Que a juzgarme así te mueva,
si no el peso de mi mal,
sí el hondo amor que te lleva

a lo ingrato de la cueva
y a lo frío del portal.

"Lucha divina"

¿Tú sostienes el orbe con un dedo...?
 Eso, a decir verdad, no es maravilla.
 Puedo yo más que Tú. Yo soy de arcilla
 y, ya lo has visto en el altar: ¡Te puedo!
 ¿Piensas poder más tú...? Te desafío;
 y si es así que tu potencia es mucha,
 lucha conmigo, vénceme en la lucha
 y a Ti no más te ame, Jesús mío.

"Ciego Dios"

Así te ves mejor, crucificado.
 Bien quisieras herir, pero no puedes.
 Quien acertó a ponerte en ese estado
 no hizo cosa mejor. Que así te quedes.
 Dices que quien tal hizo estaba ciego.
 No lo digas; eso es un desatino.
 ¿Cómo es que dio con el camino luego,
 si los ciegos no dan con el camino...?
 Convén mejor en que ni ciego era,
 ni fue la causa de tu afrenta suya.
 ¡Qué maldad, ni qué error, ni que ceguera...!
 Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.

¡Cuánto tiempo hace ya, Ciego adorado,
 que me llamas, y corro y nunca llego...!
 Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
 ciégueme a mi también, quiero estar ciego.

"Miserere"

Corre tu velo.
 Las antorchas celestes se han encendido
 y hay más luz en tu cumbre que en el Carmelo.
 De amor rendido,
 quiero besar la fimbria de tu vestido,
 y gritarte mis culpas, arrepentido,

y asomarme a tus ojos y ver el cielo
 que hasta el monte en que pisas ha descendido.
 Corre tu velo,
 que te encubre a mis ojos y te guarda escondido.

Que tus ojos se aparten de mi pecado
 y que, mansos, se inclinen a mi tristeza.
 Si los yerros enormes de mi pasado
 son sobre los cabellos de mi cabeza,
 Dueño adorado:

ten piedad de este pobre que va extraviado,
 más que por su malicia, por su flaqueza.

Al pensar en lo injusto de mi desvío,
 siento sonrojo
 y me embriago en angustia, dulce bien mío.
 Álcese tu Clemencia sobre tu enojo,

vuélvanse a mí los brazos, a que me acojo,
 y la boca blasfema calle el impío.

No me apartes tu rostro, templa tu saña.
 No es blasón de tu brazo que así persiga
 y descargue su azote sobre una caña.

¿Ya olvidaste mi historia? Soy una espiga
 que mil veces el soplo menos airado
 batió y deshizo.

Desde el claustro materno vengo heredado
 con las grandes tristezas del paraíso.

¡Oh; ¡qué noche tan triste la noche aquella
 en que de mí se dijo: "Surge a la vida"...!
 ¡Quién pudiera dejarla sin una estrella...!
 Génesis y principio de tanto daño,
 ¿por qué, no la tuviste siempre escondida...?
 Con una noche menos, ¿qué pierde un año...?

O si abrirse mis ojos estaba escrito,
 ¿a qué no sofocarme, cuando nacía...?
 Sin el fardo que pesa sobre el proscrito,
 fuera menor la mancha de mi delito,
 y, al amor de la tumba, descansaría.

¡Oh...! mitiga mi angustia. Que tus enojos
 nunca más en los tuyos miren mis ojos.

Aquí quema, aquí corta,
 con tal de que me indultes y me perdones.
 Le conviene al culpado y a Ti te importa
 que de blando y benigno tu enojo abones.

¿Qué logras, al herirme, si te olvidares

de que soy en tus dedos frágil arcilla...?
 ¿A quién dañas y ofendes, si perdonares...?

¿Los mares procelosos, que son los mares,
devoraron, acaso, la blanca orilla...?

Dueño adorado:
por la Llaga bendita de tu costado;
por la tristeza
que en el Huerto sentiste, desamparado;
por la cruz que ha vencido tu fortaleza...
ten piedad de este pobre, que va extraviado
por su flaqueza.

"La vuelta"

Detén la muchedumbre, pensativa y preclara.
Mi dolencia te grita que, por piedad, la esperes
¿No eres tú el que revive y el que mata, si quieres?
¿Quién sabrá condernarte, si me vuelves la cara...?

Si te gritare en vano y adelante siguieres,
ten por cosa segura que el dolor me apartara
de bañarme en la lumbre de tu rostro. Repara
en que soy obra tuya y en que por mí te mueres.

Pára la turba y ponte, condolido, a curarme.
Yo he llamado a tus puertas, como buen limosnero,
porque sé, que, si quieres, puedes luego sanarme.

Si curaste a un leproso que rogó así primero,
bien puedes, como a Pablo de Tarso, quebrantarme,
o, como a aquél, decirme: "Queda limpio; lo quiero".

"Abre bien las compuertas"

El hilillo de agua, rompedizo y ligero
abre la entraña obscura
de la peña, de suyo, tan tenaz y tan dura,
y da en la peña misma con algún lloradero.

Señor: entra en mi alma y alza Tú las compuertas
que imposible es que dejen que fluya mi amargura.
Quiero que estén abiertas
las compuertas
de mi alma de roca, tan rebelde y tan dura.

Soy Tomás; necesito registrar tu costado.
Soy Simón Pedro, y debo desbaratarme en lloro.
Dimas soy, y es mi ansia morir crucificado.

Soy Zaqueo, que anda todo desazonado,
 viendo, por si pasares, dónde habrá un sicomoro.
 "Tocad. que si tocáreis, se os abrirá , dijiste.
 Por eso llevo y toco
 y tus misericordias seculares invoco.
 Señor: cúmpleme ahora lo que me prometiste.
 Alza bien las compuertas, Señor; lo necesito.
 Deben estar abiertas
 las compuertas del llanto que purgar el delito.
 Abre bien las compuertas.
 El hilillo de agua, rompedizo y ligero,
 ¿cuándo no dio en la peña con algún lloradero...?"

"El Cristo de Temaca"

Hay en la peña de Temaca un Cristo.
 Yo, que su rara perfección he visto,
 jurar puedo
 que lo pintó Dios mismo con su dedo.
 En vano corre la impiedad maldita
 y ante el portento la contienda entabla.
 El Cristo aquel parece que medita
 y parece que habla.
 ¡Oh...! ¡qué, Cristo
 éste que amándome en la peña he visto...!
 Cuando se ve, sin ser un visionario,
 ¿por qué luego se piensa en el Calvario...?
 Se le advierte la sangre que destila,
 se le pueden contar todas las venas
 y en la apagada luz de su pupila
 se traduce lo enorme de sus penas.
 En la espinada frente,
 en el costado abierto
 y en sus heridas todas, ¿quién no siente
 que allí está un Dios agonizante o muerto?
 ¡Oh, qué Cristo, Dios santo! Sus pupilas
 miran con tal piedad y de tal modo,
 que las horas más negras son tranquilas
 y es mentira el dolor. Se puede todo.

II

Mira al norte la peña en que hemos visto
 que la bendita imagen se destaca.

Si al norte de la peña está Temaca,
 ¿qué le mira a Temaca tanto el Cristo?
 Sus ojos tienen la expresión sublime
 de esa piedad tan dulce como inmensa
 con que a los muertos bulle y los redime.
 ¿Qué tendrá en esos ojos? ¿En qué piensa?
 Cuando el último rayo del crepúsculo
 la roca apenas acaricia y dora,
 retuerce el Cristo músculo por músculo
 y parece que llora.

Para que así se turbe o se conmueva,
 ¿verá, acaso, algún crimen no llorado
 con que Temaca lleva
 tibia la fe y el corazón cansado?

¿O será el poco pan de sus cabañas
 o el llanto y el dolor con que lo moja
 lo que así le conturba las entrañas
 y le sacude el alma de congoja..?

Quien sabe, yo no sé. Lo que sí he visto,
 y hasta jurarle con mi sangre puedo,
 es que Dios mismo, con su propio dedo,
 pintó su amor por dibujar su Cristo.

III

-Oh mi roca...!
 la que me pone con la mente inquieta,
 la que alumbró mis sueños de poeta,
 la que, al tocar mi Cristo, el cielo toca!

Si tantas veces te canté de bruces,
 premia mi fe de soñador, que has visto,
 alumbrándome el alma con las luces
 que salen de las llagas de tu Cristo.

Oh dulces ojos, ojos celestiales
 que amor provocan y piedad respiran;
 ojos que, muertos y sin luz, son tales
 que hacen beber el cielo cuando miran.

Como desde la roca en que os he visto,
 de esa suerte,
 en la suprema angustia de la muerte
 sobre el bardo alumbrad, Ojos de Cristo.

"Mi Cristo de Cobre"

Quiero un lecho raído, burdo, austero
del hospital más pobre; quiero una
alondra que me cante en el alero;
y si es tal mi fortuna
que sea noche lunar la en que me muero,
entonces, oíd bien qué es lo que quiero:
quiero un rayo de luna
pálido, sutilísimo, ligero...

De esa luz quiero yo; de otra, ninguna.

Como el último pobre vergonzante,
quiero un lecho raído
en algún hospital desconocido
y algún Cristo de cobre agonizante

y una tremenda inmensidad de olvido
que, al tiempo de sentir que me he partido,
cojan la luz y vayan por delante.

Con eso soy feliz, nada más pido.

¿Para qué más fortuna
que mi lecho de pobre,
y mi rayo de luna,
y mi alondra y mi alero,
y mi Cristo de cobre,
que ha de ser lo primero...?

Con toda esa fortuna
 y con mi atroz inmensidad de olvido,
 contento moriré nada más pido.

"Lo que hace la limpia"

Despertar estupendo como de muchas aves
 de no sé qué países hay en el campanario.
 En alero celeste las torres del santuario
 trocaron las campanas ladinas y las graves.
 El altar se satura de perfumes süaves,
 se inflan las antorchas, se agita el incensario,
 y el órgano solemne, lloroso y legendario
 suelta sus ofertorios a rodar por las naves.
 La Catedral predica. La multitud se embarga
 de emoción, oyendo predicar la Pureza
 que, al prometer el cielo, vuelve la culpa amarga,
 y se deshace en votos para el futuro, y reza:
 en tanto que la limpia Madre de Dios se encarga
 de quebrantar al áspid mentidor- la cabeza.

"La doble sillería"

Dos hileras de asientos tiene la sillería
 del coro del santuario de la Virgen María:
 es la de arriba, una, la otra es la de abajo.
 Esta siempre trabaja, sin descansar ni un día;
 la de arriba no tiene, al parecer, trabajo.
 ¿Qué está haciendo esa hilera que no sirve de nada?
 La hilera no está inútil ni está desocupada.
 Rezan los capellanes sentados en sus sillas,
 de pie en algunas veces y en otras de rodillas;
 pero lo más del tiempo sentados en sus sillas.
 A tono pocas veces y, en lo común, disrdes,
 los capellanes rezan en su grueso Breviario,
 y se llenan los muros del devoto santuario
 del canto de los padres, en la piedad concordes.

Va al lado de la Epístola, conduciendo su gente,
 el Padre Maldonado,
 viejo en virtud y en días;
 y en el ala de enfrente.
 al otro lado,
 con el gesto devoto y el hablar reverente,
 como que marca el tiempo el buen padre Macías.
 Rezan los capellanes en el tono discordes;
 pero siempre en el tiempo y en la piedad concordés.

Mientras sirva a los padres la baja sillería,
 la otra, ¿qué está haciendo...?
 ¿En qué se pasa el día...?
 La otra no está inútil jamás. Yo juraría
 que la ocupan los ángeles, vueltos ojos y oyendo.
 Rezan los capellanes sentados en sus sillas,
 de pie en algunas veces y en otras de rodillas;
 pero más a menudo sentados en sus sillas.

"Que yo muera temblando"

I

Llena de gracia iba la descuidada Eva
 por aquel paraíso, que fue un premio a la gracia,
 cuando, desde un manzano, díjole la Falacia
 una cosa sacrílega e inusitada y nueva.

Y Eva creyó. La loca se creyó de las voces
 que la muerte traían para el linaje humano,
 y comió de la fruta del perverso manzano
 que a sus hijos y a ella los cambiaría en dioses.

Adán duerme entretanto; mas lo despierta Eva
 y lo induce a que coma,
 como lo hizo ella, de la encendida poma
 que en las malas entrañas las maldiciones lleva.

Y Adán come la fruta, cediendo a la falacia
 de Eva, que ha escuchado la voz de la serpiente;
 y, al comerla, le grita la creación, y siente
 bien abiertos los ojos y perdida la gracia.

Y está soplando la aura mansa del mediodía;
 y va el divino Espíritu palpitando en el viento
 y habla a Adán y pregúntale por aquel mandamiento
 que de guarda tan fácil y tan dulce sería.

Y Adán está confuso y avergonzaba Eva,
mientras el aura sopla y el Señor está hablando.
Final: van al desierto. Los dos salen temblando
del edén par siempre. La maldición los lleva.

II

Siguiéronse los años a los años y, un día...
¿quien sabrá bendecirlo dignamente, Señora...?
reposando en la luna, vestida de la aurora
y cuajada de astros, tu gracia aparecía.

Sudorosa la frente, que azotaba el trabajo,
levantaron los ojos el mal padre y los hijos,
y tuviéronlos mucho en tu donaire fijos,
bendiciendo a la eterna Compasión que te trajo.

Y, testigos los cielos y la tierra sembrada
con sus grandes sudores, se postraron a amarte;
y aún, de amor temblando, no cesan de aclamarte
Grande sobre las hijas y Bienaventurada.

Gran Señora del cielo, a quien van celebrando
toda "Llena de gracia": hazme el favor insigne
de ampararme en la muerte. Que tu piedad se digne
darme a oler tus manzanas. Quiero morir temblando.

"Qué cosas!

Tiene Dios unas cosas...

¿Tal como siembra EL, habrá quien siembre?
La colina es estéril y está llena de rosas.
Está llena de rosas en el mes de diciembre.
Tiene el indio unas cosas...

Tal como el indio huye, ¿habrá quien huya
De una virgen que sale con su puño de rosas
a su encuentro y le dice: "Yo te amo, soy tuya?
Tengo unas cosas yo, tengo unas cosas
De inspirar compasión. ¿No habrá quien siembre
sobre mis huesos áridos algunas cuantas rosas...?
¡Oh, qué frío está haciendo! Está helado diciembre.

Tiene unas cosas Ella... Por Dios santo,
¡qué cosas...!

Yo me vuelvo desdén, y Ella, entretanto,
sin cesar me persigue con su puño de rosas.

Por Dios santo,
¡qué cosas...!

El y Ella, ¿qué harán con esas rosas...?
Y yo, sin esas rosas, ¿cómo aguanto...?

(*El libro de Dios,*

1924).

"El paso del dolor"

La noche del dolor es grave y densa.

En dos filas formaos,
poetas, hijos de la noche inmensa,
y dejad de pensar.

¿En qué se piensa
cuando en el alma se desploma el caos?

Una noche infinita,
con su mortal gravitación de roca,
sobre la soledad se precipita.
En ella entremos.

A nosotros toca
saber lo que esa noche entraña y grita.

Por aquí va la entrada
de esa noche sin límites ni nada
a que os convido yo.

Venid conmigo.
Vuestra pisada huelle la pisada
que hollando va la del dolor que sigo.

Nadie penetrará más que nosotros
en esa noche imperturbable y quieta.
Tan difícil la entrada y tan secreta
puso a Dios a los otros,
como a la mano y fácil al poeta.

Ninguna flor de luz abre su broche.
Mas no habrá que temblar ante el derroche
de tanta sombra que dormita en calma.
Vosotros, como yo, tenéis el alma
grande, y triste también, como la noche.

En dos filas formaos,
poetas, seres que acaricia el caos,
y entremos ya.

Cuando el dolor sintiereis,
si teneros en pie no consiguieréis,

de rodillas estad. ¡Arrodillaos...!

"Autónoma"

"Ese que clama es el dolor-me dije.
 "¿Qué me querrá el dolor?"
 Y me postré, devoto, ante tu grito
 y respondí temblando: "Habla, aquí estoy".
 Y tornaste a gritar: "Sube, poeta.
 Ascende hasta el cretón
 de la angustia suprema.

Aquí te guardo...
 ya sabes para qué soy el dolor".
 Yo no sé de qué cumbre bajó el frío
 que envolvía tu voz,
 que me puso tristísimo del alma
 y blanco del cabello, como estoy.
 Y comencé, a subir penosamente,
 tal como tu palabra me ordenó.
 Y te encontré, en la cumbre, que bañaba
 la última luz del sol.

"Va a hacerse un sacrificio"-continuaste.
 Y no habiendo más víctima que yo,

pues éramos allí, sobre la cumbre
 del diálogo mortal, no más los dos.
 "¿A dónde está la víctima?" -te dije
 suplicante de miedo y devoción;
 y como a mi pregunta enmudecieras,
 me llené de temblor
 en el alma, en los huesos
 y en todo lo que soy.
 Tu silencio me hablaba. ¿Quién podría
 ser la víctima allí, de no ser yo?

Y me abracé a mi cruz, y comenzaste
 la dura transfixión.
 Sobre la roca escueta agonizaba
 la última luz del sol.

II

Está bien.

Nada falta a tu deseo.
 Tal como lo ordenaste se cumplió.
 Y estando, como estoy, crucificado,
 y cargado de pena, como estoy,

quiero no más decirte una palabra
desde la obscuridad de mi crestón.

Atiranta el cordaje de mi lira,
viejo amigo dolor.
Ve apagando, una a una, cuantas luces
haya dejado el sol.
Riega tus palideces desmayadas
sobre la cumbre oscura, donde estoy.
Ponte a verter tu ajenjo...
Bébalo todo yo.

No pienso en ser sacrílego

Descálzame;

y, así, descalzo, llegue al interior
del templo indestructible, en donde moras
igualmente que un dios,
alumbrado por lámparas votivas
que nadie contó nunca, ni el amor.
Cataloga, uno a uno, mis recuerdos.
No ha de quedar perdido ni un terrón,
ni una astilla, ni un ápice, ni nada
del hogar de mis padres, que apagó,
no sé yo si la ira
o la piedad insólita de Dios.

Júntalo todo y átalalo y hacínalo.
Congrégame ese mundo de dolor
y atízame esta lámpara y que alumbre
lo que el tiempo envolvió.
Y una vez todo junto eso que digo,
y una vez apagado bien el sol,
siéntate en esta cumbre, donde sabes
que se ha sentado Job
con la turba de aquellos que lo tienen
por Ulises piadoso y su mentor,

Acongoja mi lira...

Ponte a apagar el sol...

Quiero ser un autónoma en tus crestas,
viejo amigo dolor.

"Puesta del sol"

Sentado estoy en la gran soledad;
vacío su ánfora enorme el dolor
sobre tu hijo, ebrio de orfandad;
sobre tus muros, faltos de calor.
Ven y verás:
se ha puesto el sol.

¿Dónde quedó la brújula?

Se ha encabritado el mar
y da gritos que espantan y que infunden terror.
Sin ápice de luz está el hogar
y ha apagado su lámpara el amor.

Ven y verás:

se ha puesto el sol.

¡Sólo por eso!

Yo tengo un libro obscuro que llenar necesito
con los versos amargos de dolor infinito
que, al partir, me mandaste con tu último beso.

El dolor de mi vida pasará por sus hojas;
se alzarán mis recuerdos, gritarán mis congojas
con angustioso grito

y ha de llorar mi amor, ¡sólo por eso...!

Mi libro irá desde mi casa obscura
hasta la tuya nueva, que ha de ser milagrosa.
Si piensas ponerte a pagar mi ternura,
siente bien cada grito, mira bien cada cosa
de las que irá estampado en tu libro mi amor.
¡Se ha puesto el Sol...!

"La segunda llamada"

Yo penetré hasta el alma de la noche
y en sus abismos me senté; aquí estoy.
Una vez más en la penosa marcha
que emprendí por los senos del dolor,
se me acabó, de súbito, el camino,
se me ha escondido el sol.

Acaba de llegarme un telegrama.

Mi madre se cansó

de las muchas tristezas de la vida
y también se ha alejado, y aquí estoy
sobre una boca más del hondo abismo
que mis plantas mordió.

Voy a gritar de nuevo
a los hijos de Job.

Ellos oirán, piadosos, el gran grito
del hermano menor.

Poetas, seres mansos, seres buenos:

ya lo veis, aquí estoy.

Dad la mano a este pobre que se pierde
sin un rayo de sol.

"La cuesta de Temaca"

Sólo Dios sabe cómo voy subiendo esta cuesta
de Temaca.

Decirlo no he saberlo yo.

Cargo sobre mis hombros el ardor de la siesta
y en el alma lo acre y álgido del dolor.
Suponiendo que logre poner término a esta
pedregosa ascensión,
¿qué aventajo?

 Mi madre sé que ya ni contesta,
ni se mueve a los ruegos, ni ha de sentir mi voz.

 Sabe Dios cuándo acabe de subir esta cuesta
pedregosa y difícil, cargando, como voy,
sobre mis hombros todo el ardor de la siesta
y en mi alma el dolor.

"Mi gran frío"

Tengo en los huesos y en el alma frío.
Tengo dolor en todo lo que es mío
y me siento morir.

¿Qué dolor más intenso, qué más muerte
que apagarse tus ojos de esa suerte,
tan lejana de mí...?

No me avisa de fijo el telegrama,
retardado y doliente, si la llama
de tu vida en la tierra se apagó.
Pero, ¿cómo dudarle, si te siento
tendida acá, en mi amargo pensamiento
y en mi insigne dolor...?

 Aquí traigo, angustiándome la mente,
la roja luz de tu capilla ardiente,

tu marmórea quietud,
tu inmensa soledad, tu faz austera;
pálida y sin color, como de cera,
y tus brazos en cruz.

 Y, ahora que me acuerdo, ¡qué agonía

en tu último mirar se pintaría,
 al tiempo de partir...!
 De tu luz, de tu amor, de tu regazo
 irse a la eternidad sólo un pedazo
 y otro quedarse aquí.

Porque éramos los dos un alma sola
 que en un mar mismo y en la misma ola
 echamos a bogar.

Dos pájaros que juntos han vivido,
 si roto, alguna vez, hallan el nido,
 juntos los dos se van.

Tengo frío en el alma y en los huesos;
 me hace falta la lumbre de tus besos,
 necesito tu luz.

Los muros de tu hogar se han desplomado
 y el fuego que encendiste está apagado
 desde que faltas tú.

Y tan lejos la tumba que te encierra...
 Hya que andar tanto tiempo y tanta tierra...
 Eso lo sé bien yo.

Cuatro veces se arde el horizonte
 y otras tantas se quema cada monte
 con las llamas del sol.

Te quiero perdonar ese abandono
 en que el hogar dejaste, y te perdono
 que no hayas vuelto más.
 Pero no te perdono, dueño mío,
 este mundo de frío,
 que ni el tiempo ni nadie curará.

(El paso del dolor,

1924).

"De Sor Eulalia"

"Los oyes, Sor Eulalia?"

Como enjambre de abejas
 afluyen tus recuerdos, a cual más consentidos,
 y separadamente van haciendo sus nidos

en la noche infinita en que hundido me dejas.

Tengo llena de quejas
el ánima; y ha mucho que siento en mis oídos
algo como el rumor de pasos idos,
algo como el caer de rosas viejas.

Y siento que es tu voz ese conjunto
de todo lo pasado, de todo lo difunto
que en el abismo de mi noche flota,
y que debo cantarlo.

Mas sucede
que está la lira enferma y descordada y rota,

y encuentro que es crimen
que lo tuyo así rueda.

"Con un poco de olvido"

Aquí tienes mis muertos, Señor.

Yo no te pido
muchas ni grandes cosas; nada más el olvido
de las simas oscuras en que hubieren caído.

En tu amor solamente y en tu piedad confiaron,
y de tu mano sólo todo bien esperaron.

Oye lo que te pido.
¡Oh Señor!: por lo mucho que mis muertos te amaron,
tu piedad me los premie con un poco de olvido.

(Del cuartel y el claustro,

1924).

"El hombre enemigo"

Síganme las gentes que de nuevos aires
y de climas nuevos han necesidad.
Que la mente junte sus memorias viejas,
que la espalda cargue su viejo penar;
y en la caravana que agrupó la senda
vamos a la Virgen del Padre Segovia,
consuelo de todos, sombra universal,
llevando la cuenta de todos los gritos
que hace que despierte su milagrear.

Síganme los tristes,
vamos a San Juan.

Se llenó el Santuario, antes de la aurora,

de luz y de enfermos, de amor y de paz.

Lleno está de gentes
que vienen y van,
del altar al atrio,
del atrio al altar,
húmedos los ojos y roncas las voces
que el espacio junta, por el justo afán
de hablar con la Virgen del Padre Segovia
y gritarle, todos a un tiempo, su mal.

Al sol las espaldas, fueron los romeros
cansados de andar.

En todas las manos hay luces y ofrendas
y en todas las caras hay necesidad.

Yo vengo con ellos. Vengo yo de un clima
cuyos soles rojos queman mucho más.

Traigo las espaldas muertas de cansancio
por tanto bregar.

-Señora!... Los hijos
me pagaron mal...

Madre de los tristes,
reina de la paz,
taumaturga Virgen del Padre Segovia
que aquí señalaste par tu heredad:
cúrame esta grande llaga que, de suyo,

nunca sanará ...

-Señora!... Los hijos
me pagaron mal...

Mas no fueron ellos los que me arrojaron...

¡Diré la verdad!

¡Los movió la mano de un hombre enemigo
que pasa la vida sirviendo al altar!

(El vino de las cumbres).

"La franca inmensidad"

Vuelve tu esencia a ti y acepta el día
con ánimo beatífico y sereno.

Todo viene de Dios y todo es bueno,
porque nunca da mal ni hace falsía

La verdad suele ser cáustica y fría
como una hoja acerada y con veneno.

Pero tu díla siempre. Que en tu seno
no el dolo quepa ni entre alevosía.

Tal es la Franca Inmensidad. Si quieres
contarte entre los pocos andadores
de las sendas de Cristo, nunca esperes
el favor de los hombres. Sus favores
harán que nunca mires a quién eres
por tenerte mirando a tus señores.

"El descubrimiento de San Francisco"

Anda el justo Francisco de Asís todo contento,
sin que ni él mismo acierte su contento a explicar.
El mago asceta ha dado con el descubrimiento

de que bajos los ojos, no es tan fácil pecar.

Y está el santo, por eso, que se frota las manos;
no hay gozo que supere su gozo espiritual...

Bien usado su invento, no verán sus Hermanos,
los escotes impuros de las hijas del mal.

El mal genio ríe muy maliciosamente
de las cosas del santo: ¿Qué razones tendrá ?
No ha de decirlas nunca; va a aguantarse paciente
a que el tiempo las diga, y el tiempo las dirá.

El santo de las raras y divinas locuras
se enfermó, y ello es justo, como todos verán:
desnudáronse, casi, las mujeres impuras...
Los Hermanos Menores ¿para dónde verán...?

Los ángeles sintieron el contagio divino
de la pena del santo, que lo vino a enfermar:
y han dejado que anden solas por su camino
las mujeres impuras ;No las quieren velar...!

¿Que fue, bendito asceta, de tu descubrimiento?
¿aquí pozo se ha ido tu gozo espiritual...?
¿Nunca llegó a ocurrirte, ni por mal pensamiento
que han de ser las impuras los ministros del mal...'

"Los nueve capellanes"

Penetraron los nueve capellanes de coro,
y una vez ocupados los adustos sitios,
abrieron un gran libro de rojas iniciales,
de broches amarillos y de cantos de oro.

Y estuvieron leyendo alternativamente
aquellos capellanes lo que el libro decía,
tan claramente todos y tan distintamente,
que las dulces promesas que el libro contenía
debió oír toda aquella muchedumbre de gente
que a la Virgen rezaba y a los padres oía.

Los nueve capellanes hablaban, conmovidos,
de qué se yo qué sillas que en cielo sobraban
por falta de escogidos.

Mientras los nueve padres capellanes rezaban,
yo me volvía oídos.

"¿Qué sillas serán esas -me decía-,
qué sillas serán esas?"

"¡Quién tuviera ese libro de promesas
en que rezan los padres todo el día
para ver cómo están las sillas esas!"...

"Hermanos capellanes"

Hermanos capellanes:

Nuestras sillas de coro
Están a un tiempo hablando su consejo de oro.

Que sirvan a la oreja de audífono las manos,
y, curvas las espaldas o puestos de rodillas,
oigamos en silencio, capellanes hermanos,
lo que dicen las sillas.

Su consejo es concino y solemne y sonoro.
Todas están hablando de caridad fraterna.
Recogidos oigamos las palabras de oro
que la puerta nos abre que da a la vida eterna.

Nadie tenga rencillas.

Con vergüenza lloremos los pasados desmanes.
 Sigamos el consejo que nos ponen las sillas
 que son hermanas todas, hermanos capellanes.

Una es la silla última y otra es la primera;
 mas ni aquella padece
 por ser silla de abajo,
 ni ésta se ensorbece
 porque bien considera
 que es también una silla condenada al trabajo.

Oscura es la primera y es la última oscura.
 Por los mismos soportes todas son sostenidas;
 y están una con otras de tal manera unidas,
 que nadie sabe en dónde quedó la ensambladura.

Odiemos los desmanes,
 dejemos las rencillas
 que acrecen la tristeza y agradan los afanes;
 no en el juicio de Cristo lo que enseñan las sillas
 se nos tire a la cara, hermanos capellanes.

"Los capellanes rezan y ríen los monagos"

Rezan los capellanes con la barba caída,

Denunciando su rezo contrición y tristeza.

La unción grave del salmo que rezaron va unida
 a la unción milagrosa con que el siguiente empieza.

Entretanto es de verse la familia traviesa
 de los niños monagos que va y viene vestida
 con sus hopas alegres del color de la fresa,
 y riendo de todo y siempre divertida.

Si los padres son buenos, los niños son iguales.
 Todos son soñadores de las cosas cercanas.
 Sueñan los monaguillos que encienden los ciriales,

que desmanchan sus hopas; que baten sus campanas;
 mientras piensan los otros que está ya a los umbrales
 la segadora vieja de tardes y mañanas.

"Desde la cárcel"

Para José R. Rodilla, gran

hermano

Es verdad, estoy preso;
 mas, no imagines grandes mis dolores
 ni siquiera que sufro. Te confieso
 que sin aire, sin luz, sin nada de eso,
 es de sueños mi cárcel y de flores.
 Dios es bueno conmigo
 ¿por qué, si no, cuando me azota airado,

déjame adivinar en su castigo
 que si pudo pensar en el culpado,
 no consiguió olvidarse del amigo...?
 Porque es así como el Señor me hiere,
 con tan benigno amor, que bien querría
 si a su adorable voluntad pluguiere,
 que se volviera eterna mi agonía:
 ya que muriendo así, nunca se muere.
 Mi cárcel es de sueños y de flores...
 y fácil de llevar... ¡Te lo confieso!
 Sin luz, sin libertad, sin nada de eso
 ni tienen que angustiarte mis dolores,
 ni tienes que pensar en que estoy preso.

(La franca inmensidad)

"Cura mi mal"

¡Padre Luis, por piedad, ábreme el seno
donde tantos hallaron compasión!
Cura un enfermo más; séle tan bueno
como leve fue el daño que lo hirió.

Traigo el alma en tristeza convertida;
y bien puedes creer
que la sangre en mis venas difundida
arrastra, al circular, gotas de hiel.

Yo no vivo las horas
del mismo modo que las vives tú...
Tienen mucha tristeza mis auroras...

Mis auroras bebieron de otra luz.

Padre Luis, no te vayas, deja el viaje
que estás pensando hacia la eternidad.
Deja ahí tu bagaje:
pónete a curar mi mal...

"El niño pobre"

I

¡No...! ¡Nada tengo yo... Mi alma de niño
es todo el don que a presentarte acudo;
¿puedo darte algo más que mi cariño
siendo un niño tan pobre y tan desnudo...?

El alma que te doy es un presente
junto al cual vale poco el mundo entero;
si tú sueñas en luz para tu frente,
no hay, que lo sepa yo, mejor lucero.

¡Guárdame...!, tú sabrás dónde me pones;
ya que el mundo es ladrón que mata y quema.
Si en el cielo las almas son florones,
Quiero ser un florón de tu diadema.

II

Sigue yendo a la Escuela, sigue yendo,
mi clemente mentor, mi eterno amigo:
menos cosas magníficas aprendo
estudiando con otros, que contigo.

Las verdades que aprendo de tus labios
se me graban mejor en la memoria;
siempre me hablan de cosas de los sabios,
siempre me hablan de encantos de la Gloria.

¡Sigue yendo a la Escuela! Tu cariño,
que fue siempre su egida y fue su escudo,

vele y cuide los pasos de este niño
tan pobre, ya lo ves, y tan desnudo.

(*El Padre Luis*).

"El Padre Vicente"

¿Que a dónde va Vicente...?
¡Que pregunta! Claro está
que a donde va la gente
él irá.

Va la turba infinita de la gente cansada,
jadeante, subiendo por la cuesta empinada
que unos le llaman "vida" y otros llaman "dolor".
Va la turba infinita por la empinada cuesta
con los miembros rendidos y con la mira puesta
en el padre Vicente y en los astros y en Dios.

¿A dónde ir esa gente
que así sube, llevando todo el sol en la cara
y siempre viendo al sol...?

Esa es la gran familia que conduce Vicente
a las cumbres astrales; esa es la gente clara
es la gente de Dios.

Abridle paso al padre que, cargado
con su carga de afanes y de luz y de amor,

va llevando esa gente
en peregrinación.

Es el padre Vicente,
de sí mismo y de todos los suyos olvidado,
y es la gente que lleva del linaje de Dios.

Nadie más me pregunte a dónde irá Vicente.
Visto está: Vicente corre a donde va la gente.
Allá va...

(*Varones*

claros).

"Ceniza"

En obscuro y distante lugarejo
 detenidos ante una sepultura,
 dice un gañán, ya viejo: "Señor cura:"
 -Al cura del lugar que es otro viejo-.
 "Si estaré en un error...! (lo digo al tanto
 de que cien años ha que aquí se entierra)
 si es barro la prisión que el alma encierra
 ¿por qué no sube nada el camposanto...?
 Fijó el cura en el viejo la mirada
 y suspirando con dolor, le dijo:
 "Grande verdad es la que piensas, hijo,
 somos menos que polvo; somos nada".

"Adán y Eva"

Manda Jehová que salgan, y temblando,
 como las aves al dejar su nido,
 al ver su paraíso ya perdido,
 Eva y Adán se alejan sollozando.
 Van el vasto desierto atravesando
 y llevan el semblante decaído,
 Eva mira una vez a su marido
 y Adán también la ve y siguen llorando.
 Y piensan en su crimen y en la suerte
 de su triste progenie infortunada,
 al infierno sujeta y a la muerte;
 pero Johova [Jehová] que vuelve su mirada
 si el alma transgresora se convierte,
 les da un refugio en ti, Virgen sagrada.

"A Jesús crucificado"

¿Es decir que a pesar de tu agonía
 no está mi conversión ni principiada...?
 ¿Es decir que a pesar de que soy nada
 no has logrado vencerme todavía...?
 No siento para amarte rebeldía,
 lejos de inconsecuencia tan osada
 ¡cómo suspira el alma desterrada

por arderse en tu amor, delicia mía...!

¡No...! ¡vence ya, Jesús...! quiero cambiarme,
que por eso me abrazo a tu madero,
sabiendo que, al querer, puedes limpiarme.

Si así un leproso te rogó primero,
bien puedes, como a Saulo, quebrantarme,

o como a aquél decirme: "Sana, quiero"...

(*Tumbas y*

estrellas).

"El milagro del martes"

Mis nervios que eran fuertes,
fuertes cual ñandubay,
blandos como el retoño más temprano
del ombú están".

Soy Juan Diego, el mimado de la Virgen María
La montaña sagrada que se detuvo al oír
el mensaje celeste que la Virgen traía
va a hacer cuatro centurias, no me deja mentir.

Ella sintió el concierto de aquel puño de cosas
que del cielo venían y sus cumbres rozaban;
y estuvo, atenta, oyendo los primores que hablaban
la Virgen de la cumbre y el indio de las rosas.

Soy Juan Diego, el pequeño y mimado. Soy Juan
el que oyó los coloquios de la Virgen María.
Si a extremos de negarlo llegara mi osadía,
las piedras darán voces y me desmentirán.

Y bien harán si gritan. Con legítimo orgullo,
y mirándonos todos los pueblos con asombro,
puedo llamarla Mía, cuantas veces la nombro,
y, a su vez, Ella puede llamarme suyo, suyo...

Por supuesto que es grave tal estado de cosas
Siéntome todo enfermo y a punto de morirme
al pensar en mi Madre, al pensar en sus rosas
y al pensar en los nombres

que se puso a decirme.

"Mis nervios que eran fuertes,
fuertes cual ñandubay,
blandos como el retoño más temprano
del ombú están".

II

Nuestro himeneo fue en martes. Y que diga la gente,
aun la blanca de estirpe, que es aciago ese día...
La gente nomás habla y miente por mentir.

De serlo, lo sería
sólo y únicamente
para Santa María;

ya que siendo yo un indio ignorado, indigente
y sin ningunas prendas, ha venido a ser mía,
con asombro de cuantos alcanzaron a oír
el mensaje celeste que su boca decía
sobre la cumbre augusta del patrio porvenir.

¡Pero no! Nada pierde la bendita Señora
con haberse dignado desposarse conmigo,
Así pobre y plebeyo, como lo soy, no ignora
que con todas las ansias de mi amor la bendigo
y que toda la gente de mi sangre la adora.

¿Qué hago con esta carga de la ventura mía

que me cayó aquel martes de la Virgen María...?
Desde el martes que digo:

"¡Mi Señora y mi Dueño!..."

Grítanle a todas horas mis deliquios de amor;
y Ella, a su vez, me llama "delicado y pequeño",
así grueso de líneas y con este color.
Y, no puedo. Es inútil y por demás mi empeño
en pensar estas cosas, sin ponerme a temblar.

"Mis nervios que eran fuertes,
fuertes cual ñandubay,
blandos como el retoño más temprano
del ombú están".

¡Virgen de Guadalupe, Amor de mis amores...!
¡Mi inspiradora augusta, maestra y rimadora
de mis sueños azules y mis cantos mejores...!
Virgen de Guadalupe
que a tus ojos me tienes tenazmente prendido
desde el día en que supe
que eras mi Madre y yo era tu mejor consentido.
Átate los cabellos delicados... Componte
con la gracia que es tuya y que Tú nomás sabes.

Es martes todavía y aún ostenta aquel monte
la explosión de tus rosas y tu luz y tus aves.

III

Dejadme a solas. Quiero con los ojos cerrados,
juntar todas las luces dentro de mi memoria
y alumbrar los detalles que son más señalados

de este gran sucedido que se pensó en la gloria.

.....

Calzóse sus sandalias la reina de los cielos.
En dos trenzas iguales sus cabellos ató.
Tomó el color bronceo y la traza tomó
de las vírgenes indias, hijas de mis abuelos,
y así fue, disfrazada, como vino y me habló.

Yo me sentí de pronto, como todo absorbido
de un pavor inefable que nadie definió
y así, por no sé cuánto tiempo hubiera proseguido
sin conciencia y sin habla y sin ver, a no haber sido
que la Virgen piísima vino y me despertó.

"Juan"-díjome- "hijo mío pequeño y delicado:
anda con el Obispo, dile cómo has hablado
con la Virgen María,
y cómo en esta cumbre, quiero ver levantado
un santuario perenne, donde es voluntad mía
dármeles a los indios cuanto tengo pensado"...

Así dijo la Virgen del paraíso. Así
me hizo entrever el cielo, al pasar junto a mí.
Desde entonces me siento como todo cambiado
en otro hombre distinto. Ya olvidé mi pasado
y el incierto mañana tiéneme sin cuidado.
Cuando es mía mi Virgen, cuando guardo sus rosas,
¿qué es para mí la vida...? ¿qué me importan las
cosas...?

Virgen de Guadalupe, ¿qué, me diste a beber
que así todo me enfermas y así cambias mi ser...?

"Mis nervios que eran fuertes,

fuertes cual ñandubay,
blandos como el retoño más temprano
del ombú están"...

Mas, me asalta una angustia. Dime, Señora mía
¿me vendrás con el tiempo, por desdicha, a olvidar...?

Es martes todavía...

Para mí nada tiene de funesto ese día.

¡Virgen de Guadalupe!... Bien me puedes amar...

"i Cristo"

Traedme acá mi Cristo
 que besaron cien bocas y cien almas:
 mi Cristo con sus ojos entornados,
 mi Cristo con su cruz y con sus llagas.

Traedlo acá, no sea
 que arrancármelo piense aquella raza
 que aprendí a maldecir desde que tuve
 espacio para el odio en las entrañas...

¡Esté mi Cristo junto a mí! No quiero
 que en medio de los dos haya distancia.
 El Cristo de los ojos entornados,
 El Cristo del silencio y de las llagas,
 Es el pálido Cristo de mis padres
 y el Cristo de los sueños de mi alma.

La noche de los odios va invadiendo
 el ámbito sin sombras de la Patria.
 No esconderá mi Cristo en esa noche
 Ni sus ojos, ya muertos, ni sus llagas.

No le maldecirá ninguna boca,
 no me lo arrancará ninguna raza
 mientras me quede un hálito de vida
 y una sombra de odio en las entrañas.
 Cuando todos los bravos hayan muerto,
 cuando duerman su sueño que no acaba,
 y me quede yo solo
 en el campo sin luz de la batalla,
 yo pensaré en la sangre de esos bravos
 y cambiaré la estola por la espada,
 y salvaré mi Cristo

que besaron cien bocas y cien almas,
 el Cristo de mis padres,
 ¡el Cristo de los sueños de la Patria!
 Traedme acá la lira a que ajustaron
 la guerrera canción las almas bravas.

Quiero sentarme a postas
 en medio del fragor de la batalla,
 y embriagarme las venas con el odio
 de la guerrera estirpe legendaria
 que le ha dado a probar a Carlos Quinto
 del rencor indomable de sus águilas.
 Traedme acá la lira a que se ajustan
 los gritos de la guerra y de la Patria.

Quiero sentarme a postas

en medio de la noche que se alza,
y aspirando el vapor de aquella sangre
que ha empezado a tirarse y que es mi hermana

robar al astro la gigante estrofa
que el odio engendra y al combate llama.

Debo salvar mi Cristo
que en su beso envolvieron muchas almas;
el Cristo que ha de ser el de mi tumba,
ya que fue el Cristo agosto de mi raza.

En la noche mortal que se desploma
sobre el cielo sin astros de la Patria
no ha de apagar sus ojos,
no apagaré sus ojos para nada.

Cuando el último bravo haya caído
haré la cuenta de que todo acaba:
se ha apagado el santuario
y se han roto, a la vez, todas las aras...
Buscaré con dolor las viejas llaves
de las puertas sagradas
y me pondré a cerrar todas las puertas
y apagaré al salir todas las lámparas.
Y he de mandar al órgano que esconda
para mejores tiempos sus plegarias,
y él las esconderá mientras yo vuelvo
a sacudir las aras,
y a repasar mis salmos
y a revivir mis lámparas.

¡Dadme acá la bandera!
y la tremolaré sobre la raza
que el cielo preparó para la lucha
y que en la lucha agigantase el alma.

Yo he de saber qué ha sido de las llaves
de las puertas sagradas.

Cuando cayere el último soldado
yo apagaré las lámparas,
e iré a la lid para salvar mi Cristo
que adoraron las almas;
el Cristo de las tumbas de los héroes.
el Cristo de los sueños de la Patria.

"Gritando a Cristo"

Oh, mi Cristo,
 vida mía:
 cura tú el dolor que has visto;
 ¡ve a mi Patria en agonía...!
 ¿Qué te cuente alguna pena...?
 A no ser la desplomada
 sobre el alma heroica y buena
 de la Patria infortunada,
 toda angustia me fue ajena.
 De otra pena
 no sé nada.
 Su dolor me está matando.
 Tú lo has visto.
 ¡Oh mi Cristo venerado...!
 ¿Hasta cuándo,
 Tú que siempre estás salvando,
 salvarás, la Patria, oh Cristo...?

Soy un niño de Lorena.
 No hay cartílago ni vena
 en mi ser que no responda
 a los gritos de la pena,
 de la pena insigne y honda
 de que está la Patria llena.
 -Oh, mi Cristo,
 vida mía...!
 cura presto el mal que has visto;
 ve a mi Patria en agonía.

"Himno indiano"
 a María de Guadalupe

Reina siempre, morena divina
 bajo el cielo que vio Cuauhtemoc...
 Tú la Virgen serás de las tribus,
 de las tribus mimadas por Dios,
 Nada quieras temer del salvaje
 que regó con su sangre esta tierra,
 y que fue a donde estaba la guerra
 y que supo sereno morir...
 Nada pienses: el indio te adora...
 sus tesoros, su luz, sus collares,
 su horizonte, sus minas, sus mares...
 si aquí reinas, serán para Tí...
 Es el hijo de Anáhuac tremendo,
 y es el tigre indomable su esclavo;

si se indigna es tan fuerte y tan bravo
que al mirarlo el desierto tembló.

Pero Tú, nada temas del indio
que vio el blanco reírse en la guerra.
Tú la Virgen serás de esta tierra,
que al fin eres la madre de Dios.

¿Quién será el que se atreva a quitarte
el reinado que en México tienes?

¿Quién vendrá a arrebatarte a tus sienes
la corona que un pueblo te dio...?

No te alejes de México, nunca;
él te jura por esos pendones
que jamás faltarán corazones
que tu reino defiendan...-jamás...!